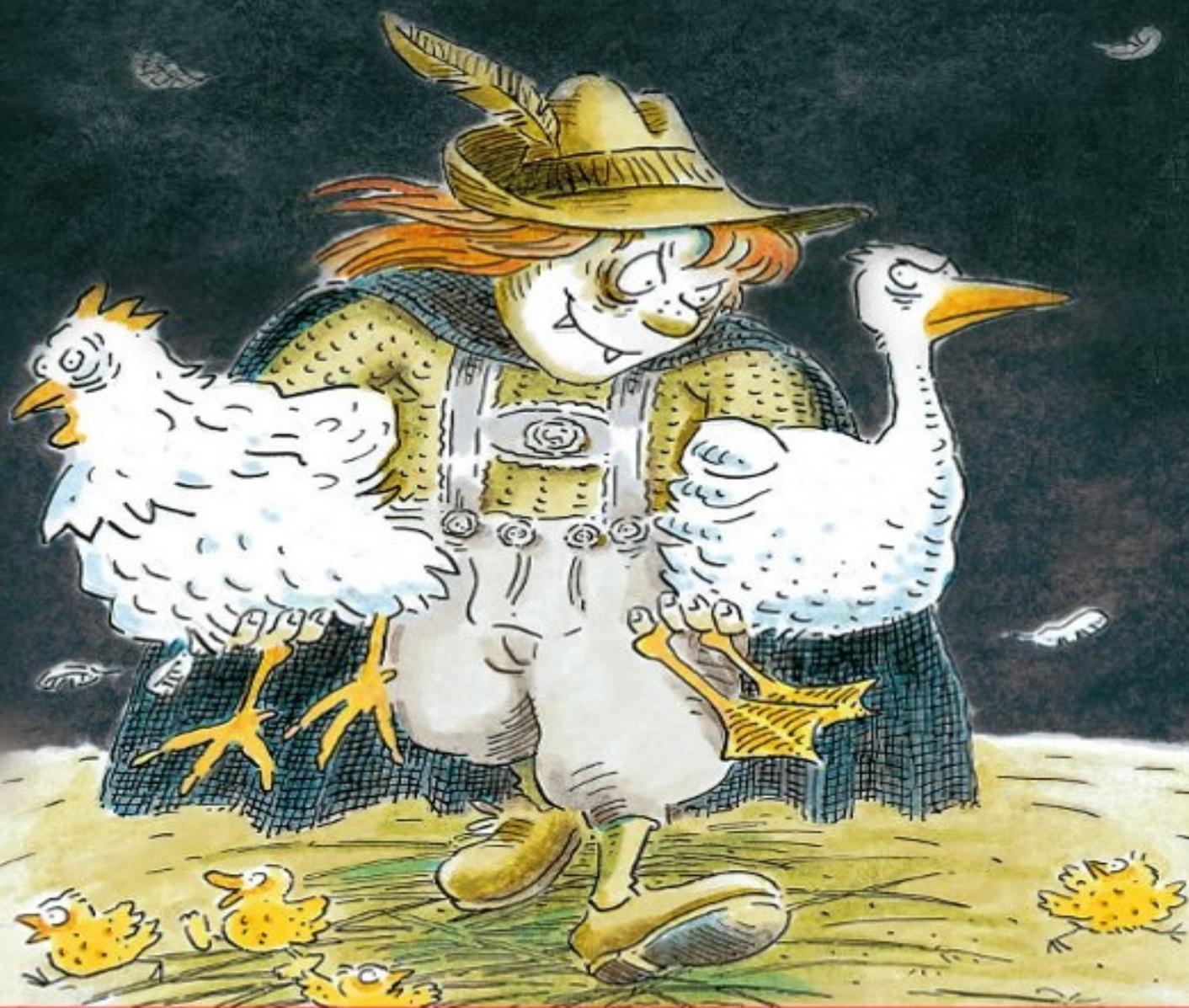


El Pequeño Vampiro

en la granja



ANGELA SOMMER-BODENBURG

de

Anton está pasando una semana de vacaciones en una granja. Lo primero que hace al llegar allí es buscar a su amigo Rüdiger, que debería estar esperándole; cuando por fin lo descubre en una pocilga, resulta que el pequeño vampiro no está precisamente de buen humor. Las vacaciones se presentan tempestuosas, y la amistad entre ambos sufrirá una dura prueba...



Angela Sommer-Bodenburg

El pequeño vampiro en la granja

El pequeño vampiro -4-

ePUB r1.0
Eibisi 09.07.13

Título original: *Der kleine Vampir auf dem Bauernhof*

Angela Sommer-Bodenburg, 1983

Traducción: José Miguel Rodríguez Clemente, 1988

Ilustraciones: Amelie Glienke

Editor digital: Eibisi

ePub base r1.0



Este libro es para Burghardt Bodenburg, que se enfada enormemente por que Boris le supera en el crecimiento de los dientes de vampiro; y para Katja, que sigue sin tener ningún agujero en sus dientes de leche.

Angela Sommer-Bodenburg



A Anton le gusta leer historias emocionantes y espantosas. Especialmente le encantan las historias de vampiros, de cuyas costumbres está totalmente al corriente.



Rüdiger, el pequeño vampiro, es vampiro desde hace por lo menos ciento cincuenta años. El hecho de que sea tan pequeño tiene una razón sencilla: se convirtió ya de niño en vampiro. Su amistad con Anton empezó estando una vez Anton nuevamente solo en casa. Allí estaba de repente el pequeño vampiro sentado en el poyete de la ventana. Anton temblaba de miedo, pero el pequeño vampiro le aseguró que ya había «comido». Realmente, Anton se había imaginado a los vampiros mucho más terribles y, después de que Rüdiger le confesara su predilección por las historias de vampiros y su temor a la oscuridad, le encontró verdaderamente simpático. A partir de entonces la vida bastante monótona de Anton se volvió muy emocionante: el pequeño vampiro trajo consigo también una capa par a él, y juntos volaron hacia el cementerio y la Cripta Schlottertein. Pronto conoció Anton a otros miembros de la familia de vampiros.



Anna la Desdentada es la hermana pequeña de Rüdiger. No le han salido todavía dientes de vampiro, de forma que ella es la única de la familia de vampiros que se alimenta de leche. «¡Pero ya no por mucho tiempo!», matiza ella. También lee historias horripilantes.



Lumpi el Fuerte, hermano mayor de Rüdiger, es un vampiro muy irascible. Su voz, a veces alta, a veces chillona, demuestra que él se encuentra en los años de crecimiento. Lo único malo es que no

saldrá nunca de este difícil estado, porque se convirtió en vampiro durante la pubertad.



Los padres de Anton no creen en vampiros. La madre de Anton es maestra; su padre trabaja en una oficina.



Tía Dorothee es el vampiro más sanguinario de todos. Encontrarse con ella después de ponerse el sol puede resultar mortalmente peligroso.



El guardián del cementerio, Geiermeier, persigue a los vampiros. Por eso los vampiros han trasladado sus ataúdes a una cripta subterránea. Hasta hoy, Geiermeier no ha conseguido encontrar el agujero de entrada a la cripta.

A los restantes parientes del pequeño vampiro no llega a conocerlos Anton personalmente. Pero ha visto una vez sus ataúdes en la Cripta Schlotterstein.

Aire del campo

—¿No es hermoso esto? —exclamó la madre de Anton colocando su maleta en el polvoriento suelo, exactamente al lado de una boñiga de vaca seca, según pudo advertir Anton maliciosamente.

—¡Muy hermoso! —gruñó mirando de mal talante hacia la casa de labor.

¡Y él tenía que quedarse una semana con sus padres, en aquella estúpida granja que se habían buscado!

Vacaciones en la granja... ¡Qué aburrido sonaba eso! ¡Naturalmente a él no le habían preguntado si quería pasar sus pocos días de vacaciones entre vacas, gallinas y cerdos! Tenía que pasear y montar en caballos de faena... y encima respirar el buen aire del campo. El buen aire del campo... ¡Que no le hicieran reír!

—Además —les dijo a sus padres—, con el buen aire del campo seguramente os habéis debido equivocar. En realidad apesta.

—En absoluto —repuso su madre—. A mí el aire me parece extraordinario. ¡Tan fresco! Completamente diferente al que tenemos en la ciudad. ¿No te parece? —le preguntó al padre.

—Sí, sí —dijo.

—A pesar de todo apesta —insistió Anton—. El aire quizá sea sano, pero apesta.

Su madre le echó una mirada burlesca.

—No sabía yo que tú tuvieras una nariz tan sensible. Cuando pienso en tu amigo, ese Rüdiger von Schlotterstein...

—¿Por qué? ¿Qué pasa con él?

—¿Ya no te acuerdas de cómo apestaba su capa?

Anton tuvo que reírse irónicamente.

—Es porque la capa tiene ya cien años —dijo orgulloso—. Quizá, incluso, más aún.

Petulante, añadió:

—En el caso de los vampiros pasa eso.

El ya sabía que sus padres no creían en vampiros. Todo lo que él contaba sobre su amigo, el pequeño vampiro, siempre lo tomaban como si fuera pura invención. Por eso para Anton lo menos peligroso era decir siempre la verdad en todo lo que a vampiros se refería, pues eso era lo que menos le creían sus padres.

Y esta vez también lo mismo.

—¡Vampiros, sí, sí! —dijo de mal humor la madre—. Gracias a Dios ahora estamos en el campo y descansaremos por fin de tus eternos vampiros..., vampiros en la televisión, en el cine y en tus terribles libros.

—¡Ah! ¿Sí?

Anton se mordió los labios. Si supieran que el pequeño vampiro vivía allí, en la granja, desde la pasada noche...

—Yo llevaré el equipaje —dijo complacido.

Cogió su bolso de viaje y dos bolsas y lo llevó todo hacia la puerta de la casa de labor.

—Qué solícito se ha vuelto Anton de repente —oyó decir a su padre.

—Todo es sólo por sus vampiros —oyó contestar a su madre—. No puede soportar que nadie le dé una opinión al respecto.

Pintura rústica

Anton tenía una buena opinión de los vampiros. Por lo menos de Rüdiger von Schlotterstein y de su hermana pequeña Anna, que vivían con su familia de vampiros en la Cripta Schlotterstein.

«¿Pero viven realmente los vampiros?», meditó Anton. «Durante todo el día duermen en sus ataúdes como muertos. Sólo cuando el sol se pone se despiertan y abandonan sus ataúdes para ir de caza protegidos por la oscuridad... ¡A la caza de sangre humana!»

Anton se estremeció. Incluso allí, en la pequeña habitación para invitados, se sentía muy extraño al pensar en el plato favorito de los vampiros... y en los sanguinarios parientes del pequeño vampiro: Ludwig el Terrible, Hildegard la Sedienta, Sabine la Horrible... ¡y Tía Dorothee, la peor de todos!

En aquel momento llamaron a la puerta.

Sorprendido, Anton se sobresaltó.

—¿Sss, sí? —dijo vacilante.

La puerta se abrió y entró el padre de Anton.

—Ah, eres tú... —dijo Anton, aliviado.

Por un momento había creído realmente que había un vampiro delante de su puerta. Sin embargo, eso no era posible de ningún modo, pues no eran más que casi las once de la mañana.

—La señora Hering nos va a enseñar la granja —aclaró el padre.

—Todavía tengo que deshacer la maleta —rechazó Anton.

—¿Te gusta tu habitación? —preguntó el padre mirando a su alrededor.

Sin esperar la contestación de Anton afirmó:

—¡Pues es bonita!

—Bueno, sí... —dijo Anton.

El armario decorado con pinturas rústicas, la cama pasada de moda y las cortinas de florecitas en la ventana no respondían exactamente a sus gustos.

—¿Sabes que la señora Hering ha pintado todo ella misma?

—Humm —masculló Anton indiferente.

—Esto tenía que haberlo tenido yo a tu edad... ¡Vacaciones en una granja y además una habitación propia! ¿Sabes cómo pasaba yo las vacaciones?

—Nnn...

—Donde vivíamos, en el lago dragado.

Ibamos en bicicleta y lo único que nos daban eran diez céntimos para un helado.

Anton gimió en voz baja. Cuando su padre empezaba con sus viejas historias lo mejor era no decir nada, de esta manera pronto volvía a callarse.

—Irse fuera... Eso no existía en absoluto. Hoy, por el contrario, tiene que ser por lo menos un balneario, preferiblemente con piscina y discoteca.

«¡Exactamente!», asintió Anton con el pensamiento.

—Pero nosotros también podemos tener unas vacaciones sencillas. ¿No es cierto, Anton?

Anton gruñó algo incomprensible.

—A mí también me gusta —dijo después.

Cerró la tapa de su maleta y colocó en el armario la cartera del colegio, en la que había escondido la segunda capa del pequeño vampiro.

—Estoy listo.

Anton elsensible

La señora Hering estaba en el patio charlando con la madre de Anton. Llevaba botas y pantalones de montar, tenía el pelo rubio y corto y, según le pareció a Anton, no tenía en absoluto aspecto de granjera.

—¿Estás contento con tu habitación? —preguntó ella.

¡Que los adultos tuvieran que preguntar siempre lo mismo...!

Anton inclinó la cabeza.

—Sí.

—En realidad es la habitación de Johanna —dijo—. Pero cuando tenemos veraneantes duerme en la habitación de Hermann... ¿No te resulta demasiado de niña?

—En eso Anton no es tan sensible —afirmó la madre de Anton—. Precisamente al educarle hemos hecho hincapié en que aprenda a respetar a las niñas.

—¿Cómo dices? —dijo desarmado Anton.

¿De dónde se sacaba ella eso? ¡En todo lo que se refería a las niñas él era incluso muy sensible!

—De todas formas, este fin de semana Hermann y Johanna están en casa de los abuelos —aclaró la señora Hering.

—¡Qué pena! —dijo el padre de Anton—. Anton no tendrá entonces nadie con quien jugar.

—Así también puedo entretenerme —dijo Anton enojado.

Bien podía prescindir de Hermann, del que sabía que sólo jugaba con caballeros. Y Johanna, a la que había visto brevemente cuando estuvo en la granja con sus padres para reservar las habitaciones, tampoco era de su agrado.

—¿También sus hijos tienen vacaciones en el colegio? —preguntó la madre de Anton.

—No, hasta dentro de dos semanas no.

Anton escuchó con atención sorprendido. ¡Entonces al menos por las mañanas podría estar tranquilo!

—¡Bueno, ahora les enseñaré la granja!

La señora Hering abrió una puerta de madera pintada de verde.

—Por aquí se va al establo de las vacas.

Los padres de Anton la siguieron..., alegres y nerviosos. «¡Como si no hubieran visto nunca una vaca!», pensó Anton despreciativo. Trotó lentamente detrás de ellos. ¡Tenían que darse cuenta de que él era ya demasiado mayor para pasar unas vacaciones en una granja!

Ganado vacuno

La señora Hering estaba en el patio charlando con la madre de Anton. Llevaba botas y pantalones de montar, tenía el pelo rubio y corto y, según le pareció a Anton, no tenía en absoluto aspecto de granjera.

—¡Menudas vacas!

—Seguro que crees que se están todo el año en el establo —dijo la señora Hering.

—¿Por qué no? Hay que ordeñarlas, ¿no?

—¿Ordeñarlas?

La señora Hering empezó a reírse.

—Nosotros sólo tenemos toros. Y ahora están en el prado.

Anton notó cómo se ponía colorado. ¡Cómo iba él a saber eso! Y además..., el ganado vacuno no le interesaba.

—¿Y no tienen otros animales? —preguntó enérgicamente.

—Sí. La señora Hering se dirigió a un tabique de madera.

—Un corderito que criamos con biberón. Se llama Balduin.

Anton casi exclama «¡Qué dulce!», pero aún pudo evitarlo a tiempo. ¡Sólo los niños pequeños chillaban al ver crías de animales!

—¿No te gustaría acariciarlo? —preguntó la señora Hering.

—Nnn... —gruñó metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón.

—Anton se siente demasiado mayor para hacer eso —dijo su padre.

—¡De ninguna manera! —repuso Anton—. Pero eso es sólo para niñas.

—¿Cómo dices? —exclamó indignada la madre—. ¡Debes estar completamente chiflado!

De repente se levantó toda su rabia contra aquellas malditas vacaciones.

—¡Claro que es cosa de niñas! Acariciar animales, montar a caballo... ¡para niñas es estupendo! ¡Pero para mí no!

Se volvió apresuradamente porque le subían lágrimas a los ojos. ¡Si ahora sus padres estaban enfadados con él, le daba absolutamente igual!

Hubo un penoso silencio. Luego oyó a su padre que preguntaba:

—¿No tiene usted murciélagos? Es que a Anton le encantan los murciélagos y los vampiros.

—¿Murciélagos? Arriba en el granero hay alguno. ¿Quieren ustedes verlos?

—¡Oh, no, eso sí que no! —exclamó la madre de Anton—. ¡Me gustaría estar una semana entera sin tener nada que ver con vampiros ni murciélagos!

Anton respiró, pues estaba convencido de que el vampiro habría escondido su ataúd en el granero.

—A Hermann le vuelven loco los caballeros —dijo la señora Hering—. ¡Cada niño tendrá su manía!

—¡Eso no puede compararse! —exclamó Anton..., bastante poco precavido, como en seguida notó.

La señora Hering preguntó curiosa:

—¿Por qué no se puede comparar eso?

—Porque... —vaciló.

No podía, de ningún modo, decir algo equivocado.

—Anton cree en vampiros —dijo el padre en su lugar—. Incluso tiene un amigo del que afirma que es vampiro.

La señora Hering se rió.

—¡Entonces puedo estar contenta de que Hermann juegue sólo con figuras de juguete!

A Anton le hirvió la sangre. Pero esta vez se dominó. ¡Que se rieran de él..., con eso sólo demostraban que no tenían ni idea!



El héroe del gallinero

—En su folleto ponía que también tienen ustedes cerdos —dijo la madre de Anton.

—Sí, cebones —confirmó la señora Hering—. Pero, de todas formas, ahora no puedo enseñárselos. Tendrán que esperar hasta que mi marido les ponga el pienso a las seis.

Anton estaba de pie bostezando. ¡Como si le interesaran a él los cerdos!

—Pero podemos ir a ver las gallinas —dijo la señora Hering.

Dirigiendo la mirada a Anton añadió:

—Quizá te guste nuestro pavo real.

—Quizá —dijo aburrido Anton.

Pero se impresionó cuando vio cómo ponía el pavo real las plumas de su cola en una gran rueda de vistosos colores. Al tiempo pegó un chillido que le penetró hasta los tuétanos. Por suerte el gallinero estaba rodeado por una alta alambreira.

—Suenan terrible, ¿no es cierto? —opinó la señora Hering—. A veces incluso nos despierta.

—¿También chilla por las noches?

Anton tuvo que pensar en el pequeño vampiro, que sólo conocía la vida de ciudad. ¡Cómo se asustaría si se oyera por la noche aquel horrible chillido! Quizá se caería del susto y se rompería una pierna. ¡Tenía que prevenir sin falta al vampiro cuando le viera aquella noche!

Además del pavo real también había gallinas: treinta o más.

La señora Hering les echó un puñado de grano y se arrojaron sobre él cacareando. Sus padres se rieron. Anton sólo contrajo con desdén las comisuras de los labios: no podía reírse con las gallinas.

—¿Es que no te gustan las gallinas? —preguntó la señora Hering.

—Sí —dijo Anton—. ¡Cuando están en la sopa sí!

—¡Anton! —exclamó su madre, pero la señora Hering sólo se rió.

Señaló una caseta que había en medio del gallinero.

—Si tanto te entusiasman las gallinas, tendrías que echar un vistazo a la gallina ponedora. Está en la caseta empollando.

Con estas palabras abrió la puerta del gallinero e hizo entrar a Anton. De repente se encontró rodeado por un tropel de gallinas. Por puro miedo de que le picotearan las piernas saltaba a la pata coja con un pie y con otro.

—No te van a hacer nada.

—Eso nunca se sabe —se defendió Anton.

Había visto una vez en una película cómo los pájaros se arrojaban sobre las personas. Recordaba aún con mucha claridad las imágenes de los picos dando picotazos.

—¡Los vampiros no le dan miedo, pero las gallinas sí! —se burló su padre desde el otro lado de la alambrada.

Anton le echó una mirada de rabia.

—¡Es que soy precavido!

Lentamente volvió hacia la puerta. Mientras tanto no quitaba ojo a las gallinas no fuera a ser

que les entrara el pánico como en la película. Pero los animales miraban fijamente la arena y picoteaban el grano.

Cuando había alcanzado con éxito la puerta el pavo real soltó un chillido: tan alto y agudo que Anton se puso pálido como un cadáver. Temblando, cerró la puerta tras de sí.

—¡El héroe del gallinero! —bromeó su padre.

Anton puso una cara sombría. Con largos pasos fue hacia la barra fija que había en el césped junto al gallinero y se colocó encima de ella.

—¡Podéis reiros! —exclamó.

—Ya te acostumbrarás a todo —opinó la señora Hering—. También a las gallinas. Ven, ahora te voy a enseñar los caballos.

—¿Caballos? —dijo malhumorado Anton.

—Morita, nuestra yegua de monta, y Tinka, su potrillo.

Anton titubeó.

Pero no quería admitir que también tenía miedo de los caballos.

—Está bien —dijo—. Pero los caballos será lo último que vea.

—Después iremos a almorzar —contestó la señora Hering.

El jinete del caballo blanco

Anton saltó de la barra fija y caminó tras la señora Hering y sus padres. Se pararon delante de una baja cerca de madera.

La señora Hering exclamó:

—¡Morita!

Para sorpresa de Anton vino hasta la cerca una yegua blanca. La seguía un potrillo marrón.

Mientras la señora Hering saludaba a los caballos Anton estaba allí cerca pensando lo tonto que era hablar con los caballos como si fueran seres humanos.

Después de un rato la señora Hering sacó una manzana de la bolsa y se la dio a Anton.

—Toma, puedes dársela a Morita para que se la coma.

—¿Yo?

—Sí. Entonces te conocerá y te será más fácil montar en ella.

—¡Yo no voy a montar de ninguna manera!

—¿No vas a montar? —dijo la señora Hering fingiendo sorpresa—. ¡Todos nuestros veraneantes montan! Tú eres deportista, ¿no?

—Sííí —dijo estirando la palabra.

—Pues entonces. Y ahora deberías dar a Morita su manzana; ya se está impacientando.

Anton estiró temeroso su mano. La gran cabeza de la yegua se acercó, abrió la boca y Anton vio dos filas de dientes gigantescos...

Su mano tembló involuntariamente, y la manzana se cayó a la hierba.

La señora Hering recogió la manzana y se la dio a Morita.

—Morita no muerde —dijo—. ¿Verdad, Morita? —añadió dirigiéndose a la yegua—. Eres el caballo más paciente y más valiente de esta granja.

—Anton está por vez primera en una granja —aclaró su madre.

—¡Y por última! —dijo cáustico Anton.

—¡Anton, por favor! —exclamó su madre.

Era claro lo penoso que era para ella el comportamiento de Anton.

—El primer día es siempre el más difícil —dijo la señora Hering como si tal cosa—. Seguro que mañana ya te gusta más y te habrás acostumbrado al nuevo ambiente... Bueno y ahora vas a montar y dar un par de vueltas. Examinó la ropa de Anton y asintió satisfecha.

—¡Pantalones vaqueros y botas de goma, justo lo adecuado para montar a caballo!

Anton echó una mirada a su madre buscando ayuda. Al fin y al cabo, llevaba puestos sus vaqueros nuevos. Pero ella sólo dijo:

—¿No has oído?

—¡De acuerdo, de acuerdo!

¡Entonces sería culpa de ella si se caía del caballo y se partía el cuello!

Entregado a su destino siguió a la señora Hering a la dehesa. Ella cogió a Morita del ronzal y sonrió a Anton animándole.

—Puedes subir.

—¿Sin silla de montar?

—Sí. Así tendrás una mejor sensación del caballo.

¡De cerca la yegua parecía aún más gigantesca!

—¿Y cómo voy a llegar ahí arriba?

—Te agarras de las crines y te impulsas hacia arriba.

—¿Y la yegua se quedará quieta mientras tanto?

—Naturalmente. Además, yo sujetaré a Morita.

—¡Vosotros sois los responsables! —gritó Anton a sus padres antes de agarrarse a las crines y subirse al lomo de la yegua.

No era ni mucho menos tan difícil como él había pensado. Cuando estuvo sentado arriba no pudo reprimir una sonrisa de triunfo.

Apretó con firmeza las piernas en los flancos de Morita y se puso erguido... tal y como había visto en las películas de vaqueros. La señora Hering le observó mientras tanto.

—No está mal para empezar —opinó—. Si te esfuerzas llegarás a ser un buen jinete.

—¿Usted cree? —preguntó halagado Anton.

—Seguro.

Poco después ya no estaba Anton tan seguro de que aquello fuera cierto, pues tras un «¡Arre! ¡Morita!» de estímulo la yegua se puso en movimiento. A Anton le costó trabajo no caerse.

Cuando después de un cuarto de hora volvió a tener suelo firme bajo los pies, volvió a donde estaban sus padres con las piernas tiesas.



Su padre le alabó:

—¡Te has mantenido bien!

—¿Tú crees?

La señora Hering llegó después y dijo ladinamente:

—Esta tarde le tocará montar a usted.

—¿Yo? —exclamó el padre.

—Y su mujer también.

Las caras perplejas de sus padres le compensaron a Anton de todo lo que había tenido que hacer aquella mañana.

—Pues claro —dijo él—. Todos los veraneantes montan a caballo. ¿O es que no habéis escuchado antes?

Hermann y Johanna

Después de la comida Anton se fue a su habitación. Según dijo a leer...; en realidad estaba muerto de cansancio, de montar a caballo y de llevar el ataúd la noche anterior.

Se tiró encima de la cama y todavía consiguió quitarse las botas. Luego se durmió.

Poco después de las cuatro llamó la madre de Anton a la puerta de la habitación. Anton parpadeó.

—¿Sí?

—Papá y yo vamos a montar a caballo ahora.

—Voy —murmuró adormilado Anton.

Oyó cómo se iban por el pasillo.

Lo siguiente que oyó fue la voz de su padre.

—¡Eh, marmota!

—Ya..., ya voy.

Anton abrió los ojos y vio a su padre junto a la cama.

—¿Sabes qué hora es? ¡Las cinco y media!

—¿Tan tarde? —preguntó incrédulo Anton.

Pensó que entonces tenía que haberse vuelto a dormir después de que su madre llamara. «¡Qué pena!», pensó, pues no había visto a sus padres montar a caballo. ¡Seguro que había sido muy divertido!

—¿Te has caído del caballo? —preguntó.

—No.

—¿Y mamá?

—Tampoco.

—Lástima.

El padre sólo se rió.

—Hermann y Johanna acaban de llegar.

Anton pescó sus botas con los pies y se las puso.

—No querrán jugar conmigo, ¿verdad?

—Hermann quiere enseñarte el pajar. Me ha contado que conoce escondites estupendos.

Anton se asustó. Ni siquiera se le había ocurrido que Hermann y Johanna podrían descubrir el ataúd de Rüdiger mientras jugaban en el pajar.

De pronto le entró mucha prisa por llegar al patio.

En la puerta de la casa casi atropella al señor Hering.

—¿Querías ver los cerdos? —preguntó el señor Hering.

—¿Los cerdos? No, yo...

Anton se quedó parado. Si se quedaba allí mucho tiempo hablando, quizá encontrarán mientras tanto el ataúd, ¡y eso tenía que impedirlo él como fuera!

—¡Ya veré los cerdos mañana! —exclamó y echó simplemente a correr antes de que el señor Hering pudiera responder algo.

La puerta del pajar sólo estaba entornada. Chirrió al abrirla Anton. Dio un par de pasos precavidos y se detuvo.

A través de dos pequeñas ventanas casi ciegas que había junto a la puerta entraba solamente una luz escasa. En la penumbra todo parecía extraño e irreal: las herramientas y el tractor que estaba al lado de la pared, el viejo carruaje. Una sencilla escalera de madera sin barandilla conducía hacia arriba. Anton contempló lleno de inquietud los estrechos peldaños. ¡Parecían viejos y quebradizos y no invitaban, precisamente, a colocar un solo pie sobre ellos! ¡Además, allí arriba estaba aún más oscuro y tenebroso que abajo! ¿No debería simplemente darse la vuelta?

Mientras aún estaba meditando oyó una suave risa reprimida.

Luego exclamó una voz clara:

—¡Hola, Anton!

Sobresaltado, miró hacia arriba, pero no pudo descubrir a nadie.

—¿Dónde estáis? —exclamó.

—¡Búscanos! —contestó la voz.

—¿O tienes miedo? —preguntó una segunda voz.

—¿Miedo? ¡Yo no! —mintió Anton.

Con las piernas flojas subió por la escalera de madera. A cada paso crujían los peldaños como si fueran a romperse inmediatamente. Sin embargo, llegó arriba sano y salvo.

Miró angustiado a su alrededor. Por todas partes había pacas de paja apiladas. Había tantas y entre ellas tantos escondrijos que no sabía en absoluto por dónde tenía que empezar a buscar.

Pero tuvo una idea. Para no descubrirse fue lentamente hacia un pequeño agujero entre la paja, se metió dentro... y esperó.

¡Seguro que no pasaría mucho tiempo antes de que Johanna y Hermann salieran de sus escondites extrañándose de dónde podría él estar!

Y efectivamente: después de un rato oyó unos susurros nerviosos. Inmediatamente después se arrastró alguien por la paja y se quedó parado cerca de Anton.

—¿Le ves? —preguntó una voz.

—No.

—¿Ha vuelto a bajar?

—No sé.

Anton se inclinó un poco hacia delante y pudo ver unas botas amarillas de goma, unos pantalones azules, un jersey azul y cortos cabellos claros. ¡Aquél era Hermann!

Anton se rió furtivamente.

—Probablemente se ha escondido —dijo Hermann.

—¿Le buscamos? —preguntó Johanna.

—Sí. ¡Vamos!

Se oyeron crujidos y susurros, pasos que iban de un lado a otro, y luego la cabeza de Johanna asomó entre las pacas de paja.

—¡Ya le tengo! —exclamó.

Echó a un lado las pacas de paja.

—¡Menudo pícaro estás hecho! ¡Esperar, simplemente, a que saliéramos!

Anton se alegró de haber conseguido engañarles.

—¡Esto seguro que no os lo esperabais! —dijo poniéndose de pie.

Mientras sacudía su jersey miró de soslayo a Johanna. Con sus vaqueros, sus botas rojas de goma y sus claros cabellos, recogidos en la nuca, a él realmente le gustó bastante. Cuando ella notó su mirada se puso colorada.

—Teníamos un escondite tan estupendo... —dijo ella rápidamente—. Detrás de una caja de madera.

Anton se asustó. ¡Ojalá no fuera el ataúd del pequeño vampiro!

—¿Dónde?

Ella señaló una caja que había al lado de la pared.

—Allí. Detrás de la caja de nuestra abuela.

—Ah, vaya —dijo aliviado.

¡La gran caja, asegurada con una cerradura pasada de moda, seguro que no era el ataúd de Rüdiger! ¡Pero quizá pudiera sonsacarles si sabían algo del ataúd del vampiro! Por eso preguntó:

—¿No tenéis más cajas?

—¿Por qué lo preguntas? —se interesó Hermann.

—Porque...

¿Qué es lo que iba a contestar? Como no se le ocurrió ninguna explicación razonable dijo:

—Por nada.

—¡Por nada! —le hizo burla Hermann—. Tú debes ser buscador de tesoros, ¿no?

—¿Por qué no le dices que tienes otra caja? —preguntó Johanna riéndose entre dientes.

Hermann le echó una mirada colérica.

—Eso a Anton no le importa en absoluto. ¡Y a ti tampoco!

—¿Qué tipo de caja? —preguntó preocupado Anton.

—¡Una caja para sus monstruos de goma!

—¿Monstruos de goma?

—Esos fofos animales de goma. Mi madre los quería tirar. Entonces los ha escondido aquí arriba.



—¿Y qué? —gruñó Hermann.

Evidentemente el asunto le resultaba incómodo, pues rápidamente desvió la atención:

—¿Juegas al ping-pong?

—No muy bien —dijo Anton.

—Hermann tampoco —dijo Johanna—. Pero yo soy bastante buena.

—Ja, ja —dijo Hermann yendo hacia la escalera.

—¡Yo soy mejor que tú! —exclamó Johanna.

Anton bajó los peldaños detrás de Hermann. Por una parte estaba contento y aliviado de que el vampiro no hubiera escondido su ataúd en el pajar..., por otra parte seguía sin saber todavía dónde iba a juntarse con él aquella noche.

Inquietantes moradores

Anton acababa de ganarle a Hermann el partido de ping-pong cuando la señora Hering les llamó para cenar.

—¿Jugamos luego en mi habitación? —preguntó Hermann—. Te daré un par de caballeros.

—Ya veremos —dijo esquivo Anton—. Quizá me vaya a dormir —dijo después y bostezó, a pesar de que no tenía nada de sueño.

—¿Ya tan pronto?

—Bueno, el aire del campo...

Hermann puso cara de decepción.

—¡A ti te falta un tornillo!

Normalmente Anton no se hubiera dejado insultar así, pero ahora sólo se rió burlonamente.

—¡Entonces jugaré con Johanna! —dijo colérico Hermann.

¡A Anton le pareció de perlas! Así, por lo menos, podría seguir buscando el ataúd sin que le molestaran. ¡Quizá pudiera encontrarlo antes de que el pequeño vampiro echara a volar!

Pero al parecer Rüdiger von Schlotterstein había escondido muy bien su ataúd. Anton no encontró rastro de él por ningún sitio cuando miró por la granja después de la cena. Finalmente se quedó parado delante de un edificio plano. No tenía ventanas y parecía un garaje. Con precaución abrió la puerta de hierro... y retrocedió de espanto, pues en el mismo momento se levantó un griterío ensordecedor.

Cerró la puerta horrorizado y regresó corriendo a la casa. En la puerta de la casa se atrevió por primera vez a volverse. Se sorprendió de que no le hubiera seguido ninguno de aquellos horribles seres. Temblando todavía subió las escaleras hasta su habitación. Se sentó en la cama e intentó reflexionar. ¿Eran... animales aquello? ¿Pero qué animales vivían en absoluta oscuridad y podían gritar tan horriblemente?

¿Tendría el pequeño vampiro algo que ver con aquello? Pero un vampiro no soltaría nunca un griterío así..., los vampiros se movían en silencio y con precaución.

Entonces le vino de repente una idea terrible: si el vampiro hubiera abierto también aquella puerta mientras buscaba un escondite y aquellos atroces seres le hubieran cogido y le hubieran metido para dentro...

¿Entonces quizá estaría aún allí dentro esperando confuso que Anton le liberara?

¡Anton decidió ir abajo y preguntarle a Johanna qué era lo que pasaba con aquel edificio plano y sus inquietantes moradores!

Johanna estaba sentada en la sala de estar viendo la televisión: una película de animales, como comprobó Anton arrugando la nariz con desagrado.

—Tengo que preguntarte una cosa —dijo él.

—Ahora no —contestó ella—. Cuando termine la película.

Anton gimió en voz baja. ¡La película seguro que duraba todavía media hora, y eso quizá fuera ya demasiado tiempo si quería poder llegar aún a ayudar al vampiro!

—¡Pero yo tengo que saber cómo sea qué es lo que hay en el edificio plano! —dijo apremiante

— Antes, cuando abrí la puerta...

—¿Has abierto la puerta?

Johanna se rió en voz baja.

—¡Entonces puedo imaginarme qué es lo que ha pasado!

—¿Qué es lo que hay allí dentro entonces?

—¿No lo sabes? —se rió ella entre dientes—. ¿No has oído sus gruñidos?

—¿Gruñidos?

De pronto empezó a comprender.

—¿Eran acaso... cerdos?

—¡Sí!

Anton notó cómo se ponía colorado.

¡Se había asustado de unos cerdos! Pero luego razonó que allí había algo que no encajaba: ¡ninguna pocilga tenía aquel aspecto! ¡Y los cerdos tampoco vivían en la oscuridad!

—No me lo creo —dijo resuelto—. ¡Las pocilgas tienen ventanas!

—Tampoco es una pocilga normal —aclaró Johanna—. Nosotros tenemos cebones.

—¿Y éstos viven en la oscuridad?

—Sí. Sólo ven la luz cuando mi padre va y les echa el pienso. Por eso chillan tanto cuando se abre la puerta.

—Eso es maltratar a los animales —se indignó Anton.

Johanna se encogió de hombros.

—Por lo menos ahora mi padre no tiene que sacar el estiércol. Va todo automático.

—A pesar de todo eso es maltratar a los animales.

—En la vieja pocilga tampoco lo tenían mucho mejor. Puedes echarle una ojeada. Además, está llena de trastos.

Anton escuchó con atención. Una vieja pocilga llena de trastos... ¿No la habría elegido como escondite el pequeño vampiro?

—¿Y dónde está la vieja pocilga?

—Detrás del establo de las vacas... ¡Y ahora quiero por fin ver mi película!

—Ya me voy —dijo complacido Anton.

¡Estaba muy satisfecho con lo que había descubierto!

Dientes de vampiro

Fuera, entretanto, se había hecho de noche. «¡En casa, en la ciudad, nunca está tan oscuro!», pensó Anton estremeciéndose. La luna había desaparecido detrás de las nubes, y a través de los altos árboles que había al borde de la calle, titilaba sólo muy débilmente la luz de las farolas.

¡Qué bien hubiera podido utilizar él ahora su linterna! ¡Pero sin duda con el jaleo de hacer la maleta la había olvidado!

Cuando finalmente alcanzó la parte trasera del establo de las vacas respiró aliviado, a pesar del penetrante mal olor, pues detrás del estercolero vio el tejado de un cobertizo. ¡Aquello tenía que ser la vieja pocilga!

Al acercarse vio que la pocilga estaba construida con ladrillos y tenía pequeñas ventanas y una puerta de madera. Y aquella puerta..., ¡estaba medio abierta...!

Anton se quedó parado. Su corazón latía como loco. ¿No había en la ventana un reflejo de luz? ¿Y no vagaba por la puerta una extraña sombra?

Sintió cómo le entraban escalofríos. Y si no fuera el pequeño vampiro el que vivía en la vieja pocilga, sino... ¡Tía Dorothee! U otro vampiro, uno de aquí...

Y en el silencio que reinaba a su alrededor oyó de repente un ruido: ¡era el claro clic-clac que hacían al golpear unos contra otros los dientes afilados como cuchillos!

¡Dientes de vampiro...!

Anton retrocedió un par de pasos instintivamente... y se quedó con una bota metida en el suelo embarrado.

—¡Mierda! —maldijo en voz baja con los labios apretados.

Por mucho que tiraba y sacudía... ¡la bota no se movió! ¡Y eso tenía que pasarle precisamente ahora que quizá estuviera acechándole un vampiro allí en la pocilga!

Rígido por el miedo, Anton vio cómo salía una figura de la oscuridad de la puerta y venía hacia él escurridiza y sin hacer ruido. La capa, que llegaba hasta el suelo, se hinchaba de tal forma que parecía un gigantesco murciélago negro.

¡En aquel momento la luna salió de detrás de las nubes y Anton dirigió su mirada al rostro, pálido como el de un muerto, del pequeño vampiro!

—¡Rüdiger! —exclamó temblándole la voz de alegría y excitación.

—Hola, Anton —dijo ronco el vampiro.

Anton vio sus ojos inyectados en sangre y la gran boca con los colmillos muy salientes y agudos como agujas. Al ver los dientes del vampiro le corrió un escalofrío por la espalda...

—Yo..., yo sólo quería visitarte —dijo rápidamente.

—¿Visitarme?

El vampiro se rió con voz ronca.

—¡Buena idea! ¡Si supieras lo hambriento que estoy!

—¡Yo no pensaba eso!

—¿Qué entonces? —dijo el vampiro dando un paso hacia Anton.

Anton quiso retroceder, pero su bota seguía estando firmemente metida en el cieno. ¡El

vampiro no tenía que notar que tenía miedo!

—Quería saber dónde está tu ataúd —dijo con valentía.

—¿Mi ataúd?

El rostro del vampiro cobró una expresión de desconfianza.

—¿Y por qué?

¡A eso sólo podía haber una respuesta!

—¡Somos amigos, ¿no?! —dijo Anton poniendo todo su poder de convicción en aquellas palabras. El vampiro contrajo la boca y gruñó:

—¡Amigos!... ¡Ahora tengo hambre!



Al decir estas palabras miró de reojo al cuello de Anton.

—¿No te he ayudado acaso a traer aquí tu pesado ataúd? —exclamó Anton.

—Sí —gruñó el vampiro.

—¡Y hasta he pagado los billetes del tren con el dinero de mis propinas!

El vampiro echó a Anton una mirada furiosa.

—¡Lo dices como si lo hubieras hecho todo solamente por mí!

—¿Acaso no? —exclamó Anton.

—¡Tú sólo querías traerme aquí porque si no te ibas a aburrir demasiado en la granja! ¡Por eso me convenciste de que viniera!

Anton tuvo que reírse irónicamente. Eso era cierto..., ¡pero, al fin y al cabo, el vampiro también había tenido sus motivos para abandonar por unos cuantos días la cripta donde vivía!

—¿Y qué pasaba con Jórg el Colérico? —exclamó—. ¿Es que acaso Lumpi no le había invitado a vuestra cripta? ¿Y no tenías tú que desaparecer por culpa suya?

—Sííí... —dijo el vampiro estirando la palabra—. ¡Pero yo seguro que no hubiera venido a esta piojosa granja! —añadió enérgicamente—. Aquí no hay nada razonable de comer para mí. ¡Ayer estuve fuera media noche y sólo capturé un ratón!

—Es que todavía no conoces bien esto —dijo Anton—. ¡Me apuesto lo que quieras a que ni siquiera sabes dónde están los toros!

—Toros... ¡Si eso es todo...! —dijo desabrido el vampiro.

—Y gallinas —prosiguió Anton—. Puedo enseñarte dónde está el gallinero. Y sé dónde hay un c...

«Corderito», iba a decir Anton, pero cuando pensó en el ovillito blanco y lanudo se contuvo.

—¿Qué c...? —bufó el vampiro.

Pero Anton había decidido no descubrirle nada del corderito.

—¡Una clueca!

—¡Una clueca! —repitió como un eco el vampiro—. ¡Déjame en paz con tus bichos!

Anton aspiró profundamente y tiró una vez más de su bota... y esta vez consiguió sacarla.

Tomando aliento dijo:

—¿Puedo ahora mirar dentro?

—¿Cómo... mirar dentro? —preguntó receloso el vampiro.

—Dentro de la pocilga. ¿O es que no vives ahí?

—Sí... ¡Pero sólo un momento! ¡Como ya sabes, tengo un hambre tremenda!

El escondite del pequeño vampiro

Anton se coló detrás del pequeño vampiro por la puerta de la pocilga. Fueron a dar a una antecámara que estaba abarrotada de muebles viejos. En la pared había un alto armario con un gran espejo.

Con el resplandor que salía de la pocilga Anton vio su propia imagen reflejada en el espejo... ¡Sólo por donde iba el vampiro estaba el espejo vacío!

Volvió la cabeza... y vio delante al vampiro en persona, sus desgredados cabellos que le llegaban hasta los hombros y la sucia capa con agujeros hechos por la polilla. Anton tragó saliva. Naturalmente, sabía que los vampiros no se reflejaban en los espejos. ¡Pero entre leerlo en un libro y comprobarlo tan de cerca había una gran diferencia!

Pero después casi tuvo que reírse: ¡No era ningún vampiro cualquiera, sino Rüdiger von Schlotterstein, su mejor amigo! De él no tenía por qué asustarse... ¿O sí?

A pesar de todo se sintió algo temeroso cuando el vampiro siguió hasta la pocilga.

Era una habitación alargada con jaulas para los cerdos con muros hasta media altura. Por todas partes había tablones, estacas, puertas viejas, muebles, herramientas, rollos de alambre y barras de hierro. La gruesa capa de polvo que había en los muebles demostraba que casi nunca se dejaba caer nadie por allí.

Además, apestaba terriblemente a estiércol de cerdo y a moho. Anton se estremeció. Pero para el vampiro era justo la guarida adecuada.

Su pequeño ataúd negro, que había colocado detrás, en una esquina, entre una cómoda carcomida y un gran cofre, no hubiera llamado en absoluto la atención... de no haber una vela encendida en el borde del ataúd.

El vampiro, eso lo sabía Anton, necesitaba la vela para leer siempre un poco después de despertarse: ¡Naturalmente, historias de vampiros!

—¡Un escondite fabuloso! —dijo elogioso.

El vampiro sonrió halagado.

—¿No es cierto? ¿Cómo has podido encontrarme?

Anton dio a entender con un movimiento que era una larga historia.

—¿No ibas a enseñarme dónde puedo encontrar algo de comer?

—Primero te he buscado en el pajar y donde los cebones. Y luego me ha contado Johanna que había también una vieja pocilga.

—¿Johanna? —preguntó de mal humor el vampiro—. ¿Quién es ésa? ¿Sabe ella algo?

Anton carraspeó apocado.

—Vive en la granja. Pero no tiene ni idea de que estés tú aquí. Y, además, no cree en vampiros —añadió aunque eso no lo sabía en absoluto—. ¡O sea, que estás completamente seguro!

Esto pareció tranquilizar al vampiro. Fue a su ataúd, sacó un sombrero y se lo puso. Anton se mordió los labios para no echarse a reír, era el sombrero tirolés que le había prestado al vampiro para el viaje en tren. ¡Con el sombrero, en el que se balanceaba de un lado a otro con cada movimiento una larga pluma, el vampiro parecía un personaje de chiste!

Pero Rüdiger, por lo visto, se encontraba muy guapo, pues sonreía satisfecho de sí mismo.
—¿Nos vamos? —dijo.
—¿Adónde? —preguntó sorprendido Anton.



Ojos de gallo

Delante de la pocilga preguntó el vampiro:

—¿Y dónde están los toros?

—¿Los to... toros?

El propio Anton no sabía exactamente dónde estaba el prado de los toros.

—¿No querrías ir primero al gallinero? —intentó desviar la atención del vampiro.

—¡Gallinas! —dijo con censura el vampiro—. Si sólo tienen plumas y huesos... Así no me voy a hartar.

—Pero hay muchas —arguyó Anton.

—¡Brrr! —hizo solamente el vampiro.

—¡Es que los toros son muy salvajes! —afirmó Anton.

—¿Salvajes?

La voz del vampiro sonó de pronto ya no tan segura de sí.

—¿Tú crees que podrían hacerme algo?

—Bueno...

—Entonces..., ¡entonces sí que iré antes al gallinero! —dijo apresurado el vampiro.

Anton se rió irónicamente para sus adentros. El pequeño vampiro fingía siempre ser particularmente valiente y arrojado... ¡Pero tenía tantísimo miedo como Anton!

¿Se asustaría también de las gallinas? En cualquier caso, Anton había decidido no volver a entrar en el gallinero. ¿Se quedaría delante de la alambrada mirando cómo le pellizcaban al pequeño vampiro sus agujereados leotardos! Ante la idea de que el vampiro corriera de un lado a otro con la capa revoloteando entre picotazos, se echó a reír en voz baja.

Pero su alegría se esfumó rápidamente y es que en el gallinero no se veía ni una sola gallina.

—¿Y dónde están tus gallinas? —gruñó el vampiro con clara decepción.

—Sí, o sea... —empezó Anton.

Había esperado encontrarlas en el patio cacareando en alto.

—Ya es... están durmiendo.

—¿Y dónde? —preguntó el vampiro rechinando los dientes.

Anton, naturalmente, no podía admitir que no lo sabía. Señaló la caseta donde empollaba la clueca.

—Ahí dentro.

—¿Todas? —preguntó incrédulo el vampiro—. ¿No decías que había muchas?

—Algunas también duermen en los árboles.

—¿Gallinas? ¿En los árboles?

—¡Anda! También son pájaros.

—Los vampiros no es que entendamos mucho de animales —declaró el vampiro—, ¡pero nunca había oído que las gallinas durmieran en los árboles!

«¡Yo tampoco!», asintió Anton en secreto. En voz alta dijo:

—¿No ves los ojos de gallo?

El vampiro, evidentemente, no sabía lo que eran ojos de gallo, pues se puso muy serio y examinó las copas de los árboles con sus agudos ojos que podían ver en la oscuridad mucho mejor que los de Anton.

—¡Allí arriba hay realmente algo! —dijo—. ¡No puedo reconocer ningunos ojos, pero sí una sombra que se mueve!

—¿Una sombra que se mueve? —exclamó sorprendido Anton.

¡Al fin y al cabo el asunto de las gallinas que dormían en los árboles sólo se lo había inventado!

—¿Es un animal? —preguntó angustiado.

—¡A lo mejor es un vampiro! —dijo Rüdiger riéndose burlonamente.

—¿Un vampiro? —dijo Anton con voz temblorosa.

Rüdiger le miró divertido de soslayo.

—¿Desde cuándo te asustas tú de los vampiros?

—Yo..., también podría ser Tía Dorothee.

—Tía Dorothee es mucho más gorda.

—O Sabine la Horrible.

—Mi abuela no acecha en los árboles —repuso muy digno el vampiro—. ¡Pero podría ser Anna!

—¿Anna? ¿Es que iba a venir? —¡Ella siempre quiere estar donde tú estés!

Anton notó cómo se ponía colorado.

—¿Y es ella?

El vampiro se rió entre dientes. Luego recitó:

*¡Anna la enamorada
sentada en un árbol piaba
y Anton, su enamorado querido,
quisiera estar con Anna, su gorrioncillo!*

—¡Muy gracioso! —dijo colérico Anton.

Para vengarse observó insidioso:

—¡Sospecho que es Geiermeier!

Conocía el miedo que el vampiro tenía a Geiermeier, el guardián del cementerio, que iba siempre husmeando y que había jurado destruirles a todos. Theodor, el tío de Rüdiger, ya había sido víctima de él.

Pero el pequeño vampiro dijo con toda la tranquilidad del mundo:

—¿Desde cuándo sabe volar Geiermeier?

Ahora vio también Anton a aquel ser volando lenta y algo pesadamente desde los árboles hasta el gallinero. Cuando se posó en la alambrada y soltó un grito agudo y penetrante Anton supo de pronto quién era aquel ser...

Pero era demasiado tarde para decírselo al pequeño vampiro, pues éste en el mismo momento había echado a correr precipitadamente.

«Claro», se dijo Anton mientras regresaba a la granja, «él me ha hecho enfadar con la poesía y se me ha olvidado prevenirle del pavo real...»

La gente del campo

La mañana siguiente los padres de Anton decidieron que les acompañara en su paseo... ¡A pesar de que él no tenía ninguna gana!

—Si no, te quedarás en tu habitación —afirmó la madre.

—O te aburrirás en el patio —completó el padre.

—Pasear tampoco es precisamente muy emocionante —repuso Anton.

—Claro que sí —dijo el padre—. Ya verás cómo aquí hay un montón de cosas interesantes que ver.

Anton señaló un par de sacos de basura que había en el borde de la calle.

—¿Te refieres a eso?

—¡Tú ya has entendido a qué se refiere papá! —dijo la madre.

Anton se calló enfadado. ¡Ellos siempre querían determinar qué es lo que era bueno para él!

Fue tras ellos contrariado intentando enterarse lo menos posible de su conversación sobre casas de labor, cristales abombados y visillos rústicos..., lo cual no era demasiado fácil, pues ellos se reclamaban uno al otro en voz alta la atención sobre los supuestos «monumentos».

«¡Como turistas!», pensó despreciativamente.

Después se entusiasmaron con un molino de viento de unos treinta centímetros que había en un jardín frontal y los habitantes de la casa se les quedaron mirando con curiosidad; se puso completamente rojo.

—¿No podríais hablar más bajo? —siseó.

Pero sus padres, sin inmutarse, empezaron a preguntarle a aquella gente sobre su casa, el molino de viento y demás «monumentos» de Pequeño-Oldenbüttel.

Anton se alejó e hizo como si él no tuviera nada que ver con ellos.

Al tiempo iba contando en voz baja. Si llegaba a cuarenta y ellos no volvían, regresaría él solo.

Pero cuando llegó a veinticinco, sus padres fueron a su encuentro.

—¡Qué abierta y amable es la gente del campo! —dijo soñadora la madre.

—¡Al contrario que Anton! —añadió el padre después de echar una mirada al hosco semblante de Anton.

—En casa tampoco os dirigís a cualquiera y os ponéis a hablar con él —gruñó Anton—. ¡Sois auténticos turistas!

Su madre sólo se rió.

—Y ahora, como auténticos turistas, vamos a echar un vistazo a la iglesia.

—¡Lo que faltaba! —dijo Anton.

Entonces se dio cuenta de que junto a una iglesia tenía que haber también un cementerio... y aquella idea le hizo ser más condescendiente.

Pero era un cementerio moderno, como pudo comprobar Anton, rodeado por un muro de piedra a media altura, con caminos pulcramente rastrillados y tirados a cordel y sólo unos pocos arbustos y árboles. Las lápidas estaban tan ordenadamente alineadas y las tumbas tan cuidadosamente llenas de plantas que tuvo que bostezar. En aquel cementerio seguro que no había ninguna tumba

de vampiro... ¿O acaso sí? En la última fila descubrió el siguiente epitafio:

*Lo que guarda
esta caja,
es el traje terrenal.
Lo que amamos,
ha quedado,
queda para la eternidad.*

¡Pero estaba demasiado cuidada para ser una tumba de vampiro! Las tumbas de los vampiros, tal como las conocía Anton, tenían viejas y desmoronadas lápidas y estaban cubiertas por la maleza.

—¿Qué, has descubierto una tumba de vampiro? —preguntó su padre cuando volvieron a reunirse delante de la iglesia.

—¡Claro! —dijo Anton, al que molestaba el tono irónico de su padre—. Todo el cementerio está lleno de ellas. Y hay un vampiro que corre por ahí con una carretilla y una pala y ahora, precisamente, va a levantar una tumba. Si te das prisa todavía podrás verle. Lleva una gorra azul y fuma en pipa.

—Y yo que siempre había creído que los vampiros sólo salían de noche... —observó divertido el padre—. Qué chico más listo.

—¿No podéis hablar ya de una vez de otra cosa? —dijo agitada la madre—. De las viejas casas, por ejemplo.

—¡Las casas son realmente preciosas! —dijo inmediatamente el padre de Anton—. Mira aquella casa de allí con el mirador...

«¡Etcétera, etcétera!», pensó Anton mientras les seguía malhumorado.

Su mal humor sólo mejoró cuando, de vuelta, se pararon delante de una tienda sobre la que ponía «GRANDES ALMACENES GERTRUDE GRAPSCH».

«¡La tienda no tiene precisamente pinta de grandes almacenes!», pensó Anton. En los dos escaparates no había nada puesto ni montado..., simplemente tenían pegado hasta la mitad un papel para armarios de colorines.

—¡Menudos grandes almacenes! —se rió irónicamente.

—Es que en el campo son así —contestó su madre.

—Ven, vamos a entrar.

—Oh, sí —dijo Anton.

Si era una tienda de pueblo..., seguro que habría galletas y chocolate, Y hoy sólo había comido medio panecillo.

Pero apenas habían entrado en la tienda, su madre, al ver un largo estante lleno de golosinas, dijo:

—¡Pero no vamos a comprar golosinas!

—¿Por qué no?

—Porque no has desayunado como es debido.

—¡Eso es una guarrada! —gruñó.

Allí estaba su chocolate favorito... Se le hacía la boca agua.

—¡Es que se me van a hacer agujeros en los dientes!

Su madre sacudió la cabeza.

—No.

—¡Pero yo quiero algo dulce! —dijo obstinado Anton.

—Te regalo una piruleta —declaró entonces la mujer de la caja.

La madre de Anton abrió la boca para protestar..., pero no dijo nada. ¡Probablemente no quería parecer descortés! Anton, sin embargo, reconoció por las arrugas de su frente que estaba colérica porque la cajera se hubiera entrometido en su educación.

Riéndose irónicamente cogió la piruleta y se la metió rápidamente en la boca.

—Tenías razón —le dijo a su madre—, ¡la gente del campo es realmente simpática!

Luego recorrió complacido la tienda, en la que se podía comprar casi todo: desde mangos de escoba hasta morcillas.

Encontró hasta libros. Pero no había ninguno que le interesara. Su madre, por el contrario, estaba encantadísima.

—Mira, Anton, qué libros tan estupendos: ¡libros de animales! ¡De construcciones! ¡De aventuras! Cuentos, leyendas... ¿Quieres que te compre uno?

—No, gracias.

—¡Pero así podrás leer esta tarde!

«¡Puedo hacerlo de todas maneras!», pensó Anton. En voz alta dijo:

—Esos son sólo para niños de pueblo.

—¿Qué es lo que te gustaría leer entonces? —quiso saber la cajera.

Anton, para enfadar a su madre, dijo:

—¡Historias de vampiros!

Para sorpresa suya la mujer no se rió de su respuesta, sino que salió de detrás de la caja, se subió a una pequeña escalera y sacó algunos libros del estante... Libros con la cubierta negra, como pudo comprobar Anton con alegría.

—Toma —dijo tendiendo a Anton tres libros—. ¿Te gustan más éstos?

Eran... ¡historias de vampiros!

¡Dos de los libros, de todas formas, ya los conocía Anton, pero no el tercero, que tenía el prometedor título de *Tu roja sangre, Katharina!*

Se volvió hacia su madre y preguntó:

—¿Me compras éste?

—¡De ninguna manera! —contestó enfadada.

—Aquí nos gusta leer estos libros —dijo la mujer.

—¡¿Lo ves?! —dijo triunfante Anton—. ¡La gente del campo sabe lo que es bueno!

La cajera sonrió halagada..., pero por desgracia eso no le hizo regalarle a Anton el libro, que

era lo que él esperaba.

Así es que tuvo que pagar el libro con su dinero. Pero eso tampoco estaba tan mal, ¡ahora tenía un buen libro más y sabía de antemano cómo iba a pasar la tarde!

El pequeño vampiro y los monstruos

Cuando Anton entró por la noche en la vieja pocilga el vampiro estaba todavía en el ataúd. La vela estaba encendida, pero el vampiro no estaba leyendo como era su costumbre.

Se había subido su agujereada manta negra hasta la barbilla y miró a Anton con ojos enrojecidos.

—¿No te encuentras bien? —preguntó Anton.

El vampiro apartó la manta para que Anton pudiera ver un arañazo que tenía en el cuello.

—¡Estoy herido!

Anton estuvo a punto de echarse a reír. ¡Realmente tan grave no le parecía el arañazo!

Con un gesto de dolor dijo el vampiro:

—Seguro que me entra una intoxicación de sangre. Lumpi la tuvo una vez. ¡Le faltó un pelo para morirse!



—Pero si los vampiros ya están muertos —opinó Anton.

El vampiro le echó una mirada colérica..., como siempre que Anton descubría que exageraba excesivamente.

—¿Y qué? —siseó—. A pesar de ello podemos tener una intoxicación de sangre.

Se palpó con precaución el arañazo.

—¿Es muy profunda?

—¡No! —aseguró Anton.

—¡Si al menos pudiera verla! En el espejo tampoco puedo mirar... ¿Tengo ya una franja roja en el cuello? ¡Lumpi dice que con las intoxicaciones de sangre sale una franja roja!

Anton tuvo que reírse burlonamente. El vampiro sólo tenía una franja negra en el cuello..., una franja de suciedad. ¡Pero sería mejor no decirlo en alto!

—Tienes un aspecto completamente normal —declaró.

Eso también era cierto. El vampiro estaba tan pálido y despeinado como siempre. Sólo las sombras de debajo de los ojos eran quizá algo más profundas que otras veces.

—¡Normal! —gruñó el vampiro—. ¡Después de una noche así no puedo tener un aspecto

normal!

Anton preguntó curioso:

—¿Qué es lo que ha pasado?

El vampiro miró a Anton con ojos relucientes.

—¡La granja está atestada de monstruos!

—¿Monstruos?

Anton intentó permanecer serio. ¡Ya podía imaginarse con qué monstruos se había tropezado el vampiro!

—Si te refieres al ser que chilló de esa manera...

Pero antes de que Anton pudiera contar que sólo habían visto un pavo real le interrumpió el vampiro.

—¡Eso fue lo más inofensivo! —exclamó—. ¡Pero cuando iba corriendo por el prado vino corriendo hacia mí un monstruo tan alto como una casa y me golpeó!



Anton se llevó rápidamente la mano a la boca. ¡Sólo podía haber sido uno de los caballos!

—¿De eso tienes el arañazo?

—¿El qué? —preguntó dolido el vampiro.

—Tú..., ejem..., herida del cuello —se corrigió Anton—. ¿Te la hizo el monstruo?

—No —dijo el vampiro con voz de ultratumba—. Después vino corriendo un segundo monstruo. Entonces salté con mis últimas fuerzas a un matorral.

—¿Y al hacerlo te arañaste el cuello con las espigas?

El vampiro cerró los ojos como si acordarse de ello le produjera un gran tormento.

—No —dijo lentamente—. En el matorral había un tercer monstruo.

Anton tragó saliva para no reírse.

—¿Otro más?

—Sí. Debía estar ya allí acechando, pues cayó en seguida sobre mí y me mordió en el cuello.

Yo me desmayé.

—¡Qué horrible! —dijo Anton.

¡Lo mejor, seguro, era fingir que se creía la historia del monstruo del matorral! En realidad estaba convencido de que el vampiro sólo se había arañado con las espinas.

Remarcadamente serio dijo:

—¡Entonces seguro que era un vampiro!

—¿Por qué?

—¡Porque te mordió en el cuello!

El pequeño vampiro puso una cara indignada.

—¡Los vampiros no se muerden unos a otros! ¡No, era un monstruo!

Anton tuvo que reírse cuando el vampiro dijo «monstruo» lleno de horror. El único monstruo que había allí en la granja era... ¡el propio pequeño vampiro!

—¡Pero ya me enteraré de qué clase de monstruo era!

Con estas palabras el vampiro se levantó y salió del ataúd.

—¿Ahora? —exclamó alegre Anton.

¡Ir con Rüdiger en busca del monstruo podía resultar emocionante!

—No. ¡Primero tengo que comer algo!

Como siempre a Anton le corrió un escalofrío al pensar en la alimentación del vampiro.

A pesar de ello preguntó con valentía:

—¿Vamos juntos?

¡Podría mirar a otro lado cuando el vampiro se estuviera alimentando!

—¡Yo también soy muy silencioso!

El vampiro sacudió la cabeza.

—No. Lo único que harás será estorbarme.

—¡Seguro que no! —afirmó apasionado Anton.

—¿Por qué quieres venirte por todos los medios? —preguntó malhumorado el vampiro.

—¿Por qué?

Anton tomó aire profundamente.

—¡Si supieras lo que me he aburrido hoy! Todo el día nada más que pasear, leer, comer...

El vampiro miró a Anton compasivo.

—¡Me he alegrado tanto porque iba a estar por la noche contigo! —añadió apremiante Anton.

—¿Y qué pasa si quiero volar? —gruñó el vampiro.

Anton había estado esperando aquella pregunta. Con una radiante sonrisa sacó de debajo de su jersey la segunda capa.

—¡Mira! ¡Naturalmente había pensado en ello!

Eso pareció convencer al vampiro, pues contrajo su boca en una mueca de reconocimiento.

—Está bien —dijo—, puedes venir conmigo. ¡Pero no te entrometas en mis..., ejem..., asuntos!

—¡Seguro que no! —prometió Anton muy contento.

—¿Dónde está realmente tu sombrero? —preguntó fuera.

—No está.

Anton se asustó. A él le daba igual lo que ocurriera con el sombrero tirolés... ¡Pero a sus padres no!

—¿Y cómo ha ocurrido?

—Lo perdí cuando vino el primer monstruo.

—Entonces quizá esté todavía en el prado —dijo Anton—. Vamos a buscarlo.

El vampiro gritó horrorizado.

—¿Voy a ir con el estómago vacío donde está el monstruo? ¡Nunca!

Y como si temiera que a pesar de todo Anton pudiera convencerle se elevó rápidamente en el aire.

—¡Espera! —exclamó Anton.

Apresuradamente se puso la capa por la cabeza, que olía a aire de ataúd estancado y mohoso. La capa era de tela negra, ya bastante gastada y llena de agujeros de polillas. Latiéndole el corazón, Anton extendió los brazos y los movió cautelosamente arriba y abajo..., e inmediatamente empezó a flotar. ¡Dio un par de brazadas potentes... y voló!

Pronto vio la granja debajo de él, tan pequeña como una muestra de una tienda de juguetes. Anton pensó en sus padres, en Johanna y Hermann, en la señora Hering y en su marido, que estaban en la casa y no tenían ni idea de que él estaba allí fuera volando en medio de la noche... y de repente tuvo que reírse en alto.

—¿Te has vuelto loco? —siseó colérico el vampiro—. ¿Es que quieres que llamemos la atención de todo el mundo?

—Pero si aquí arriba no nos oye nadie —se defendió Anton.

—¿Tú crees? —dijo cáustico el vampiro—. ¿Y qué ocurrirá si pasa volando por aquí Tía Dorothee?

Anton se quedó helado.

El vampiro valiente

—¿Hacia dónde volamos? —preguntó Anton.

El vampiro señaló la punta de la torre de una iglesia, que parecía una cebolla.

—A Cebolla-City —dijo, y añadió:

—¡Ojalá no haya monstruos allí!

«¡Monstruos seguro que no!», pensó Anton. «¡Pero personas sí!»

Con eso pegaba la canción que se había inventado aquella tarde. Mientras navegaban el uno junto al otro a través de la noche canturreó en voz baja:

Rüdiger tenía un siglo y entonces le dio su abuela una negra capa de hilo para que así volar pueda como un vampiro.

—¿Qué estás cantando? —preguntó el vampiro, que había aguzado el oído—. ¿Acaso con eso te refieres a mí?

Anton se rió burlonamente.

—Quizá.

—¡Cántalo otra vez! —exigió el vampiro.

—Pero sólo si no te pones furioso —dijo Anton y empezó a cantar mientras el vampiro escuchaba con atención:

Rüdiger tenía un siglo y entonces le dio su abuela una negra capa de hilo para que así volar pueda como un vampiro.

Desde la cripta voló y por los aires flotó.

En el aire hacía frío

y marcharse al bosque quiso.

Pero allí había un oso.

Se llevó un susto espantoso.

Se fue raudo a la ciudad, mas no tuvo suerte allá.

La ciudad estaba clara; miles de luces brillaban.

Muchos le vieron volando e intentaron atraparlo.

Sí, con redes y con palos iban, pobre, a capturarlo.

Miedoso, fue a un agujero y hoy todavía está dentro.

—No está mal —opinó el vampiro cuando Anton terminó—. Pero bastante alejado de la realidad.

—¿Por qué? —preguntó indignado Anton.

A él le parecía que en su canción había representado al vampiro exactamente como era en realidad.

—Porque ningún vampiro se metería en un agujero —afirmó el pequeño vampiro—. ¡Y los vampiros tampoco son miedosos! Yo cantaré así:

¡Se lió a pegar mordiscos y así se quedó tranquilo!

Se rió con voz ronca como si graznara.

Anton sólo contrajo burlón la boca. En seguida se demostraría lo valiente que era en realidad el vampiro, pues delante de ellos aparecían las primeras casas de la pequeña ciudad.

Riéndose irónicamente Anton señaló una casa claramente iluminada cuya puerta de entrada estaba abierta de par en par. En aquel momento entraban varias personas vestidas para una fiesta.

—¡Si tan valiente eres —dijo—, tienes la ocasión propicia!

—¿Qué ocasión?

—Allí abajo parece haber esta noche una fiesta de pueblo.

—Pero yo no quiero bailar.

—¡Es que tampoco tienes que hacerlo!

Anton intentó permanecer serio.

—¡Pero piensa en todas las personas que hay! ¡Esta es tu oportunidad!

Paró un taxi delante de la casa y se apearon dos hombres.

—¿Ves? —dijo Anton—. ¡Y allí detrás, por la calle, también vienen unos cuantos!

Irónicamente añadió:

—¿No eres tan valiente...?

—Tampoco soy taaan valiente —dijo quejumbroso el vampiro.

Al ver tanta gente se había vuelto más pálido aún que de costumbre.

—Yo..., prefiero buscarme un sitio más tranquilo —murmuró, se dio la vuelta y salió de allí volando.

Anton le siguió. Mientras tanto canturreó a media voz para sí:

Valiente, fue a un agujero y hoy todavía está dentro.

Visionario

Al principio Anton pensó que el pequeño vampiro iba a volar de regreso a la granja, porque tomó el mismo camino por el que habían venido. Pero luego torció a la derecha a la altura de un cartel que ponía «Nuevo-Motten. 4 Km».

Cuando apareció a la vista una casa de labor cubierta de caña, retardó su vuelo y se volvió hacia Anton. Con una inclinación de cabeza indicó hacia la casa.

Estaba oculta entre altos árboles. Por encima de la puerta de entrada, pintada de azul, estaba encendida una lámpara pasada de moda, y había dos ventanas iluminadas en la planta baja.

—Justo lo más apropiado para mí —dijo el vampiro con voz ronca—. Calculo que ahí vivirá un matrimonio viejo con sus seis nietos. Los niños ya están durmiendo, y los abuelos también se irán a la cama en seguida... Los padres de los niños seguro que perdieron la vida en un accidente de avión —añadió susurrando.

Anton se asombró de la imaginación calenturienta del vampiro.

—En el establo tienen vacas y caballos y corderos...

Al enumerar los animales la voz del vampiro cobró un tono tan ansioso y voraz que a Anton le entraron escalofríos.

—Seguro que han cerrado la puerta de entrada —prosiguió excitado el vampiro—. Los ancianos son precavidos. Pero me apuesto lo que sea a que se han olvidado de cerrar la puerta trasera. Los ancianos son olvidadizos.

Soltó una carcajada como un graznido y aterrizó en la sombra de un gran árbol.

—¡Ven, Anton!

—¿No prefieres ir solo? ¡Tú mismo has dicho que lo único que yo haría sería estorbarte!

—¡No! ¡Tú eres más experto que yo en casas de seres humanos!

—Pero en casas de labor no soy nada experto.

—Tú sólo quieres escabullirte.

—¡De ninguna manera! —repuso Anton.

—¡Tanto mejor! —se rió irónicamente el vampiro—. Ahora entonces miraremos a ver si está abierta la puerta trasera.

Anton echó un vistazo a la casa. Con las cortinas claras, las macetas delante de las ventanas y la puerta azul no tenía realmente un aspecto amenazador..., sino más bien como si vivieran allí personas simpáticas e inofensivas.

—Está bien —dijo—, si vas tú delante...

—Por mí... —gruñó el vampiro.

Se dirigió hacia la casa lenta y cautelosamente y abrió la pequeña puerta de hierro forjado que conducía al jardín.

—Ven —le siseó a Anton.

Anton le siguió de puntillas, pero no podía moverse tan sigilosamente como el pequeño vampiro entre los macizos y arbustos del jardín: una y otra vez crujían ramas, rechinaba la gravilla bajo sus pies..., o echaba a volar con aterrorizados aleteos un pájaro que él no había visto.

A cada ruido el vampiro volvía la cabeza y miraba furioso a Anton.

Por suerte dentro de la casa nadie pareció advertir su presencia, pues las ventanas que daban al jardín permanecieron a oscuras.

Finalmente llegaron a una terraza en la que había una mesa redonda, cuatro sillas y una barbacoa.

—¡Vete allí y comprueba si la puerta de la terraza está abierta! —ordenó el pequeño vampiro.

—¿Por qué yo? —protestó Anton.

—Porque yo con mi buena vista tengo que quedarme aquí haciendo guardia —repuso el vampiro.

«No es muy convincente», pensó Anton.

A pesar de ello fue hacia la puerta temblándole las rodillas y apretó temeroso el manillar hacia abajo.

¡La puerta estaba cerrada!

El vampiro hizo crujir nervioso los dedos.

—Entonces tendremos que intentarlo por delante —dijo.

Y dándose importancia añadió:

—Calculo que los viejos han confundido las puertas. ¡Seguro que se han olvidado de cerrar la puerta delantera!

—Tenías que hacerte visionario —dijo mordaz Anton.

Pero en lugar de sentirse ofendido el vampiro sólo sonrió.

Con voz inusualmente amable dijo:

—¡Yo no! ¡Tú sí que vas a ser visionario!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó desconfiado Anton.

El vampiro dijo burlonamente:

—Tú vas a ir ahora a la puerta delantera, la vas a abrir y vas a mirar donde hay luz.

Durante unos segundos Anton se quedó sin habla.

Luego exclamó lleno de indignación:

—¡Eso es lo que tú quisieras! ¡Siempre me mandas a mí! ¡Y sólo porque tú eres un vago!

—¿Qué es lo que soy? ¿Un vago?

La voz del vampiro soltó un gallo por la furia.

—Esa es la calumnia más insolente que nunca he...

No siguió más adelante, pues en aquel momento se encendió la luz de la habitación que daba a la terraza. Abrieron la puerta de la terraza y salió una mujer joven con un largo vestido verde.

—¡Al fin estáis aquí! —exclamó ella, y su voz sonó alegre y emocionada.

Dos berlineses

Anton y el pequeño vampiro estaban tan anonadados que se quedaron parados como si les hubiera caído un rayo..., incluso después también, cuando apareció detrás de la mujer un hombre alto y ancho de hombros con un albornoz azul.

—¡Nuestros niños veraneantes están aquí! —le gritó la mujer—. ¡Bruno y Rudi, de Berlín!

—Eso sí que es una sorpresa —exclamó él con voz estruendosa—. ¿Es que habéis perdido el tren?

Anton reflexionó con la rapidez del rayo. La mujer y el hombre, al parecer, esperaban a dos niños berlineses que iban a pasar las vacaciones en su casa y por algún motivo se habían retrasado. ¡Evidentemente habían tomado a Anton y a Rüdiger por aquellos niños veraneantes!

¡Aquella confusión era una suerte para el pequeño vampiro y para él! Sólo tendrían que hacer como si fueran los niños veraneantes... ¡y esperar a que se presentara la ocasión propicia para huir!



Con valentía dijo:

—Miramos mal y nos metimos en un tren equivocado.

—¿En un tren equivocado? —preguntó la mujer—. ¿Es que entonces no os dejó vuestra madre en el tren?

—Sí —dijo Anton—, pero no en el tren que era.

Riéndose burlescamente añadió:

—No llevaba las gafas puestas, ¿sabe usted?

La mujer sacudió incrédula la cabeza.

—¿Y cuándo os disteis cuenta de ello?

—¿De que no llevaba puestas las gafas?

—¡De que ibais en un tren equivocado!

Antes de que Anton pudiera pensar alguna respuesta dijo el hombre:

—Bueno, eso ahora no es tan importante. Sea como sea, nos alegramos de que estéis aquí y esperamos que descanséis en estas cuatro semanas en nuestra granja.

—¿Cuatro semanas? —gritó el vampiro lleno de espanto.

El hombre se rió.

—¡Para ti, con lo pálido que estás, cuatro semanas aún serán poco tiempo!

—Mi amigo todavía tiene que acostumbrarse al aire del campo —dijo rápidamente Anton—.

¡Es que es un auténtico berlinés!

—¿Tu amigo? —preguntó sorprendida la mujer—. ¡En la carta de la Fundación para el Descanso de los Jóvenes ponía que erais hermanos!

—Medio hermanos —dijo Anton.

Tenía la sensación de que aquello, poco a poco, olía a chamusquina. Además, el vampiro ponía una cara como si se fuera a ir de allí corriendo inmediatamente. Y con ello se echaría todo a perder, pues entonces seguro que sospecharían la mujer y el hombre. ¡Y Anton prefería no imaginarse qué era lo que pasaría entonces!

Apresuradamente dijo:

—¡Ahora tenemos que recoger nuestro equipaje! ¡Vamos, Rudi!

El vampiro miró a Anton sin comprender.

—¿Qué equipaje? —gruñó.

Anton intentó permanecer tranquilo aunque su corazón latía como loco.

—Nuestras maletas. ¡Ya sabes!

Al decir esto miró con suspicacia al vampiro. Al fin parecía que Rüdiger se enteraba del asunto.

—Ah, sí —asintió—, nuestras maletas.

Anton respiró profundamente.

—¿Vuestras maletas? —se maravilló el hombre—. ¿No están en la consigna?

—Es... están ahí detrás —dijo Anton señalando en la dirección por donde habían venido—.

Las hemos dejado en el suelo por el camino... ¡Ahora vamos, Rudi! —apremió al vampiro.

—Un momento —exclamó el hombre—. Naturalmente, yo iré con vosotros. Sólo tengo que ponerme rápidamente algo de ropa.

Dicho esto entró en la casa.

Anton tomó aire profundamente: ¡aquella era la ocasión que él había esperado!

—Nosotros vamos delante —le dijo a la mujer.

Luego hizo una seña al vampiro y desaparecieron entre los arbustos y los matorrales. Cuando llegaron a la distancia suficiente para no ser vistos, extendieron sus capas y salieron volando.

Arriba, en los aires, a Anton su aventura le pareció más bien divertida y dijo:

—Mañana pondrá en el periódico de Nuevo-Motten: «Dos berlineses desaparecidos de la tierra sin dejar rastro. Se supone que alguien se los ha comido.» ^[1]

Pero el vampiro no estaba para bromas. Con una mueca sombría voló hasta el cartel que ponía «Nuevo-Motten. 4 Km». Allí declaró:

—Ahora seguiré volando yo solo.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido Anton.

—¡Contigo sólo tengo mala suerte! —dijo el vampiro.

—¿Cómo dices? —exclamó indignado Anton—. ¡Te olvidas de que casi te acabo de salvar la vida!

—Bah...

El vampiro resopló desdeñoso.

—¡Tú me has enredado primero para que me metiera en esa casa de labor!

—¿Que yo te he enredado? —dijo anonadado Anton—. ¿Y quién ha dicho: «Justo lo más apropiado para mí»?

Con voz de ultratumba el vampiro contestó:

—¡Tú!

—¿Yo?

Anton se había quedado sin habla.

—¡Naturalmente! —exclamó el vampiro—. Y si no me hubieras contado el cuento de los ancianos que siempre se olvidan de cerrar la puerta trasera, yo hubiera seguido volando.

Anton tomó aliento.

—¡Tú sólo sabes echar siempre la culpa a los demás! —gritó—. ¡Tú..., tú..., egoísta!

El rostro del vampiro se iluminó.

—Egoísta..., ¡eso suena bien! ¿Es algo malo?

Anton no respondió.

—Seguro que es algo malo —se alegró el vampiro—. Le contaré a Lumpi y a Tía Dorothee que alguien me ha llamado «egoísta».

—¡Entonces puedes contarles también que eres el tipo más guarro y más informal con el que me he tropezado nunca! —exclamó Anton—. ¡Y con un tipo así yo no quiero volver a saber nada!

Dio un fuerte giro en el aire. Al macharse volando todavía pudo ver cómo el vampiro se agazapaba sobre el cartel sonriendo con orgullo.

¿Vampiros? ¡No, gracias!

Anton y el pequeño vampiro estaban tan anonadados que se quedaron parados como si les hubiera caído un rayo..., incluso después también, cuando apareció detrás de la mujer un hombre alto y ancho de hombros con un albornoz azul.

La mañana siguiente Anton la pasó en la cama. A sus padres les dijo que tenía dolor de tripa. Eso realmente no era cierto, pero después de la bronca con el vampiro y el vuelo de regreso en solitario tenía que tranquilizarse.

Sacó las *Historias de Vampiros para Avanzados* del armario donde lo había escondido debajo de su jersey, y abrió el libro por una de sus historias favoritas: «Los Murciélagos», de David Grant. Trataba de un joven que guarda murciélagos en un viejo cobertizo. Intenta domesticarlos. La forma de hacerlo la delatan dos pequeñas incisiones en su cuello...

Otras veces al leer aquella historia a Anton le venían agradables escalofríos. Pero hoy sintió de repente una fuerte repulsa contra los murciélagos, que le sorprendió a él mismo. ¿Sería debido a su ira contra el pequeño vampiro?

Cerró malhumorado el libro y lo volvió a colocar en el armario. Luego leyó los títulos de los libros que había en la pequeña estantería encima de la cama de Johanna: *Mi poney y yo*, *Aventuras en la granja del poney*, *El viejo y el poney*, *El libro de oro del poney*.

Después de titubear brevemente cogió *Aventuras en la granja del poney*. En la contraportada ponía que la historia trataba del robo de un poney. Volvió a echarse en la cama y empezó a leer.

Cuando por la tarde se encontró a Johanna y a Hermann delante del pajar le dijo a Johanna:

—Tus libros no están nada mal.

—¿Tú crees? —dijo ella alegre.

—*Las Aventuras en la granja del poney* incluso están muy interesantes.

—Yo creía que tú sólo te interesabas por los libros de vampiros.

Anton hizo un ademán de rechazo.

—¿Vampiros? ¡No, gracias! —dijo tan alto que hasta el pequeño vampiro podría haberle oído desde su ataúd.

—¿Pero no tienes tú un amigo que es vampiro?

—¿Quién ha dicho eso?

—Nuestra madre.

—Ella sabrá —dijo irónico Anton.

—¿Es que no es verdad? —preguntó curioso Hermann.

—¿Crees tú en vampiros? —repuso Anton.

—No.

—¿Lo ves?

Johanna seguía obstinada:

—¿Tienes un amigo que es vampiro o no?

—No tengo ningún *amigo* que sea vampiro —contestó Anton, y eso correspondía bastante a la verdad, pues Rüdiger von Schlotterstein seguía siendo un vampiro, ¡pero ya no era su amigo!

—Si ya no quieres saber nada de vampiros podríamos jugar con mis caballeros —dijo Hermann.

«¿Y por qué no?», pensó Anton.

Quizá jugar con caballeros no fuera tan aburrido como él creía. Además se había propuesto firmemente apartarse en el futuro del vampiro, que tan engreído, vanidoso y desagradecido era. ¡Rüdiger von Schlotterstein vería cómo se las apañaba bien sin él!

—Vale —dijo Anton.

—Y después de la cena también podemos jugar juntos —añadió—. ¡No tengo planeado nada en especial!

El asunto de los huevos

La mañana siguiente Anton estaba el primero en la mesa para desayunar.

—¿Ya estás despierto? —se sorprendió su padre cuando llegó abajo diez minutos después.

—Bueno... —dijo apocado Anton—, eso le puede pasar a cualquiera.

Naturalmente no le descubriría a su padre que se había peleado con el pequeño vampiro y por eso se había ido a la cama a las nueve, después de haberse aburrido durante dos horas con Hermann y sus caballeros. ¡Y es que los caballeros no eran vampiros!

—¿No se ha despertado mamá todavía? —preguntó.

—No. Esta noche apenas ha podido dormir.

En aquel momento entraron las dos mujeres que también veraneaban en la granja. Hasta entonces Anton había procurado prudentemente no encontrarse con ellas..., ¡pues las dos mujeres habían viajado en el mismo tren que el pequeño vampiro y él!

Las observó temeroso con atención, pero ellas no se fijaban en absoluto en él.

La más baja de las dos se dirigió excitada al padre de Anton:

—¿Su mujer tampoco ha podido dormir? ¡Nosotras llevamos aquí desde el sábado y aún no hemos dormido ni una noche como es debido!

—¡Por los ruidos! —dijo la más alta.

—¿Qué ruidos? —preguntó el padre de Anton.

—¡Gritos terribles! ¡Como si le estuvieran retorciendo el cuello a alguien! —contestó la más alta.

—Y luego revolotean alrededor de la casa mariposas tan gigantescas... —prosiguió la más baja—. ¡Ayer, como no podíamos dormir, quisimos abrir una ventana y vimos una mariposa tan grande como un niño! Estaba acurrucada en el poyete de la ventana y nos miró fijamente. ¡Ay, no podré olvidar en mi vida sus terribles ojos rojos!

El padre de Anton sonrió satisfecho.

—Lástima que no lo viera mi hijo.

—¿Yo por qué? —exclamó Anton indignado porque su padre hubiera concentrado hacia él la atención de las mujeres.

—Eso suena como si fuera un vampiro, ¿o no?

Las dos mujeres cambiaron una mirada.

—¿Hay vampiros aquí? —preguntó la más baja.

—¡Seguro! —dijo el padre—. ¡Estos viejos cobertizos y establos están como hechos a su medida!

Anton miró asustado a su padre: ¿sabría algo del escondite del pequeño vampiro? Por la divertida expresión de su cara, sin embargo, se dio cuenta de que sólo se trataba de una broma.

—¡Pero si los vampiros no existen! —afirmó.

Su padre se hizo el sorprendido.

—¿Y qué hay de tu amigo?

—¿De qué amigo?

—¡Ese..., Rüdiger von Leichenfels [2]!

—Ese no es mi amigo —dijo molesto Anton.

¡Precisamente ahora tenían que ponerse a hablar todos de Rüdiger von Schlotterstein!

—Amigo o no..., ¿no has afirmado siempre que era un vampiro? —preguntó el padre.

Afortunadamente en aquel momento entró la señora Hering con la bandeja del desayuno, de modo que Anton se ahorró la respuesta.

Colocó la bandeja encima de la mesa y dijo:

—Probablemente ha sido una chiquillada —opinó ella—. ¡Pero muy pesada, creo yo!

La expresión «chiquillada» enfureció a Anton.

—Muy bien podría haber sido también un adulto —repuso.

—¿Ah, sí? —preguntó la señora Hering dudando—. ¿Tú crees que a un adulto se le ocurriría agujerear todos los huevos y bebérselos?

Sacó del bolsillo de la chaqueta un pequeño huevo marrón y se lo ofreció al padre de Anton.

—¡Tenga, mírelo usted!

—Completamente vacío —dijo sacudiendo la cabeza.

Anton se esforzó por parecer lo más desinteresado posible. Pero ardía en deseos de examinar con más exactitud los dos agujeros del huevo, que eran tan grandes como la punta de un lapicero y estaban separados entre sí aproximadamente dos centímetros.

—Quizá haya sido un vagabundo —dijo la más baja de las mujeres.

—O un zorro —opinó la más alta.

—¡Un zorro de dos piernas! —dijo la señora Hering mirando a Anton.

Notó cómo se ponía colorado con su inquisitiva mirada. ¡Seguro que creía que había sido él! Y él siempre se ponía colorado cuando alguien le miraba fijamente.

—¡Yo..., yo no tengo nada que ver! —exclamó apresuradamente—. ¡Yo a las nueve estaba en la cama!

La señora Hering sólo sonrió incrédula.

—Seguramente no sabremos nunca quién ha sido realmente —dijo—. Pero el que haya sido probablemente no será tan tonto como para volver a intentarlo. ¡Porque la próxima vez no saldrá tan bien librado!

—¿Por qué el que haya sido? —protestó Anton—. ¡También podría haber sido una mujer, o una niña!

Pero parecía que para la señora Hering el tema se había acabado.

—¡Tú ya me has entendido! —dijo lacónica.

Luego puso la mesa y volvió a la cocina.

—Ha sido una ocurrencia bastante tonta por tu parte —dijo el padre de Anton cuando ella se había marchado.

—¿El qué? —preguntó Anton sin comprender.

—El asunto de los huevos.

—¡Pero si yo no he sido!

El padre de Anton dijo sin inmutarse:

—Quiero que vayas ahora y te disculpes con la señora Hering.

—¿Cómo dices?

Anton jadeó.

—¿Voy a disculparme no habiendo hecho nada?

Pegó un salto.

—¡Búscaos otra víctima propiciatoria! —exclamó, y salió corriendo.

En su habitación se arrojó furioso a la cama.

«¡Qué guarrada!», pensó. ¡Había asegurado firmemente su inocencia! Pero los adultos eran tercos e inaccesibles... ¡Y tontos! ¡Pues sólo había que mirar bien para darse cuenta de que los dos agujeros eran las huellas de un mordisco de vampiro!

Si Anton quisiera, podría enseñarles quién había hecho los agujeros. Sólo tenía que llevarlos hasta la vieja pocilga...

¡No! ¡Eso no lo haría nunca! Al fin y al cabo, el pequeño vampiro había sido su mejor amigo..., ¿o lo seguía siendo aún? Anton notó que su furia contra Rüdiger von Schlotterstein ya casi se había esfumado.

Ahora estaba mucho más indignado por la desfachatez con que la señora Hering y su padre intentaban cargarle con el muerto.

Esta noche, decidió, iría junto al pequeño vampiro y se reconciliaría con él..., ¡y le aconsejaría que en el futuro no pasara por el gallinero!

De repente Anton tenía ganas de terminar de leer la historia de los murciélagos.

Hay que hacer algo contra el aburrimiento

Faltaba poco para la comida y Anton estaba haciendo ejercicios en la barra fija cuando vio venir a su madre desde la casa. Daba unos pasos tan grandes y firmes que él se sentó rápidamente encima de la barra.

Ella se quedó de pie delante de la barra fija.

—¿Bajas? —dijo.

—¿Y por qué?

—Quiero hablar contigo.

—Si no hay más remedio... —dijo con fingida indiferencia.

Seguro que su padre y la señora Hering la habían informado de lo de los huevos bebidos, y ahora intentaría conseguir, como madre, sonsacarle una confesión. ¡Pero no tendría éxito alguno!

Con acentuada lentitud Anton se deslizó de la barra de hierro.

—¿Y de qué querías hablar? —dijo fingiendo ignorancia.

—Papá me lo ha contado todo —empezó ella.



Esto no le extrañó a Anton lo más mínimo.

—Bueno, pensamos que..., te hemos convencido para que hicieras este viaje...

«¿Convencido? ¡Me han obligado!», pensó Anton.

—Quizá seas realmente demasiado mayor para pasar unas vacaciones en una granja.

Hizo una pausa.

—Y por eso te aburres aquí en la granja y se te ocurren ideas disparatadas.

—¿Cómo dices? —exclamó indignado Anton—. ¿A qué ideas disparatadas te refieres?

Esquiva, dijo:

—Ya sabes cuáles.

—¡No! —dijo firmemente Anton..., aunque, naturalmente, sabía de qué iba el tema. ¡Pero con eso, maldita sea, no tenía nada que hacer!

—¡Si tú crees que yo he estropeado los huevos te equivocas!

Pero ella sólo sonrió. Al parecer había decidido tratar el asunto con tacto.

—Y hay que hacer algo contra el aburrimiento —prosiguió ella imperturbable—. Por eso esta noche vamos a hacer contigo una excursión nocturna.

Le miró expectante y parecía esperar que él se alegrara. Normalmente también se hubiera alegrado... ¡Pero hoy no!

—¿No podría ser mañana?

—No. Mañana papá y yo queremos hacer contigo caza con papelillos.

«¡Vaya!» Anton suspiró en voz baja. «¡Si pudiera encontrar una excusa!»

—¡Me..., me duele la pierna!

—¿De repente?

—Sí. Me la he torcido.

—Ya, ya. Pero hasta esta noche seguro que se te volverá a recuperar. No saldremos hasta después de la cena.

—¿No podríamos por lo menos irnos antes de la cena?

—¿Por qué íbamos a hacer eso?

—Porque entonces no estará tan oscuro.

El propio Anton se dio cuenta de lo ridículo que sonaba que él dijera eso, precisamente él, con lo que le entusiasmaban los vampiros, las historias de miedo y las películas de terror.

Su madre sólo le dirigió una mirada burlona. Luego se dio la vuelta y regresó a la casa.

—¡Pero yo sólo podré andar media hora! —le gritó Anton—. ¡Como mucho!

Pero naturalmente la excursión nocturna duró mucho más: ¡no llegaron de regreso a la granja hasta las diez y media!

Anton estaba completamente agotado. Se habían equivocado de camino tres veces y al final, intentando saltar un arroyo, se había caído al agua fría. Después le dolían incluso las dos piernas.

En el cuarto de la calefacción, que estaba junto a la cocina, se quitó sus empapadas zapatillas de deporte. Los vaqueros, que se habían mojado hasta las caderas, los colgó en la cuerda de tender.

—Pones una cara como de tres días de tiempo lluvioso —bromeó su padre.

—Me duele la garganta —gruñó furioso Anton.

Realmente tenía la garganta irritada.

—¿Acaso te has acatarrado? —preguntó su madre.

—Seguro —dijo con oculta malicia.

¡Que se preocuparan por él! ¡Al fin y al cabo eran ellos los que se habían inventado aquella

estúpida excursión nocturna!

—¡Entonces debes tomar en seguida leche caliente con miel! Ojalá esté aún despierta la señora Hering.

—En la sala de estar había luz —observó Anton tosiendo fuertemente en voz alta. Su madre se encogió de hombros.

—¡Vete a la cama rápidamente!

—¿Y la leche?

—Yo te la llevaré.

Anton se rió satisfecho irónicamente. ¡Le gustaba tomar leche caliente con miel, sobre todo en la cama!

De todas formas, esta vez tuvo que esperar mucho más de lo normal su leche con miel. Ya casi se había dormido cuando su madre, al fin, apareció con un gran vaso de leche.

Con precaución, bebió un trago.

—¡Pero si está helada! —exclamó indignado.

—¿Sí? ¿De veras?

—¡Sí! ¡Otras veces está siempre tan caliente que apenas puedo bebería!

—Entonces ha debido volver a enfriarse —opinó su madre—. La señora Hering tenía muchas cosas que contarme, ¿sabes?

Anton escuchó atentamente.

—¿El qué?

—Ha vuelto a ir alguien al gallinero y se ha bebido los huevos.

Anton se levantó precipitadamente.

—¿Le ha visto la señora Hering?

—¿A quién?

—Al...

Le faltó un pelo para decir «al pequeño vampiro».

—No. Cuando la señora Hering entró en el gallinero a las diez ya había ocurrido. Y todos los huevos tienen los mismos agujeros que ayer.

—¡Ahora ya no podéis sospechar de mí! —exclamó Anton.

—No, tú no puedes haber sido —dijo sonriente su madre y..., un poco apocada, según comprobó satisfecho Anton.

—Pero pronto sabremos quién merodea por el gallinero —declaró ella.

—¿Por qué?

—La señora Hering ha avisado a un vecino. Vendrá mañana por la noche y se traerá su perro.

—¡Oh, no! —se le escapó a Anton.

¡El pobre Rüdiger von Schlotterstein!

—¿Por qué te asustas tanto? —se maravilló la madre—. ¿Es que ahora te dan miedo los perros?

—No, los perros no —dijo Anton—, pero sí los vecinos...

El coleccionista de mariposas

La tarde siguiente, al encontrarse con Johanna en el patio, Anton supo cuánta razón había tenido.

—¿Quién es realmente ese vecino que va a venir esta noche? —preguntó.

—Ah, ése —dijo Johanna con ligereza—. Es el antiguo médico del pueblo.

Anton respiró..., pero sólo por un momento, pues inmediatamente después ella dijo:

—¡Por cierto, tiene el mismo hobby que tú!

—¿Cuál? —preguntó receloso.

Ella se rió solapadamente:

—¡Vampiros!

Anton se quedó helado.

—Se llama Stobermann ^[3] —prosiguió ella despreocupada—. Ernst Albert Stöbermann. ¡Le pega el nombre, porque siempre está husmeando!

Ella se rió, pero Anton no se encontraba nada divertido.

—¿A qué te refieres con lo de los vampiros? —preguntó.

—¡Tendrías que entrar en su casa! —dijo Johanna—. Tiene todos los libros que hay sobre vampiros y murciélagos. Y en su sala de estar hay una vitrina... ¡Adivina lo que hay dentro!

—No lo sé —dijo Anton, que ya intuía que no podía ser nada bueno lo que guardara el señor Stöbermann dentro de la vitrina.

Johanna dijo susurrando:

—¡Mariposas nocturnas clavadas!

—¿Mariposas nocturnas clavadas? —preguntó asustado Anton.

—¡Sí! ¡Imagínate, les ha atravesado el cuerpo con una cerilla afilada!

Anton tragó saliva.

—¿Son..., ejem..., grandes las mariposas nocturnas?

—No. Sólo son mariposas —contestó ella.

—Ah, bueno —dijo Anton aliviado.

En un primer momento había temido que también pudieran ser pequeños vampiros clavados... ¡A pesar de ello el señor Stöbermann le había ido resultando cada vez menos simpático! ¡Y la situación para Rüdiger von Schlotterstein se hacía cada vez más amenazadora!

—¿Sabes también cuándo va a venir? —preguntó Anton.

—Después de la cena —dijo Johanna.

El señor Stöbermann

De cena había patatas asadas, pero Anton apenas pudo probar bocado. Se deslizaba intranquilo de acá para allá en su silla mirando una y otra vez hacia fuera. Cuando un coche entró en el patio y se paró se le salió el corazón por la boca. Pero el que se apeó era solamente el señor Hering.

—¡Creo que tienes fiebre! —opinó su madre, que le había estado observando.

—¡No, seguro que no! —se apresuró a asegurar.

Ella no podía pensar de ningún modo que estaba enfermo. ¡Entonces le enviaría inmediatamente a la cama!

—¿Y tu dolor de garganta? —preguntó ella.

—Ya no tengo —mintió.

—¿Sí? —dijo dubitativa—. Pues tus ojos brillan como si tuvieras mucha fiebre.

—¡No, me encuentro de maravilla! —afirmó.

Quizá ella hasta tenía razón, quizá estuviera enfermo... ¡Pero eso ahora no venía al caso! Ahora sólo había una cosa importante: ¡tenía que prevenir al pequeño vampiro antes de que apareciera el señor Stöbermann con su perro!

—¿Puedo salir? —preguntó intentando que sus padres no advirtieran lo nervioso que estaba.

—¿De verdad que no quieres comer nada más? —preguntó su madre.

—Yo... ¡Me llevaré una manzana! —dijo rápidamente Anton.

Con fruta y verdura podía causar siempre una buena impresión a sus padres.

También esta vez pareció tener éxito, pues su madre dijo con voz amable:

—Está bien... Pero cuando oscurezca te vuelves adentro.

—Sí —prometió, y con el pensamiento añadió que de todas formas cuando fuera totalmente de noche ya no podría hacer nada, porque para entonces presumiblemente ya haría mucho tiempo que el vampiro habría salido volando de allí. No, Anton tenía que verle mientras estuviera todavía en el ataúd.

En el momento en que salía por la puerta de la casa llegó a la entrada una pequeña camioneta de reparto lacada en negro.

«¡Parece un coche de la funeraria!», pensó Anton deteniéndose asustado.

Se apeó un hombre que llevaba una chaqueta oscura.

¡Aquél tenía que ser el señor Stöbermann!

Era de estatura mediana y tenía el pelo blanco y peinado hacia atrás. Las pobladas cejas negras y la larga nariz ganchuda daban a su rostro una expresión sombría y amenazadora, según le pareció a Anton, e instintivamente retrocedió un par de pasos.

Pero el señor Stöbermann no le prestó en absoluto atención. Fue al furgón de su coche y lo abrió. De allí saltó un enorme perro negro.



Anton se quedó inmóvil, mirando fijamente al perro, como si hubiera echado raíces. Tenía el tamaño de un dogo pero su pelo era largo e hirsuto. En su cara sólo se reconocían sus dientes... ¡Y eran tan largos y afilados que a Anton se le puso carne de gallina!

El perro debía estar bien amaestrado porque cuando su amo dijo «a mis pies» anduvo junto a él hacia la puerta sin la correa.

Al pasar, el señor Stobermann miró a Anton de refilón, luego inclinó brevemente la cabeza y desapareció en el interior de la casa. Después de que hubiera cerrado la puerta tras sí y el perro, Anton tomó aliento profundamente.

¡Aquel perro no era un perro..., sino una bestia!

Por suerte aquella bestia estaba ahora todavía en la casa. Y el señor Stobermann seguro que hablaría aún un par de minutos con la señora Hering...

¡Ese breve tiempo tenía que bastar para convencer al pequeño vampiro de que no podía quedarse ni un momento más en la granja!

«¡Ojalá, al menos, esté ya despierto el vampiro!», pensó Anton mientras rodeaba el pajar para ir corriendo a la vieja pocilga.

Visita femenina

Anton corrió con precaución el viejo y oxidado cerrojo que cerraba la puerta de la pocilga. Era un cerrojo que se podía abrir desde fuera y desde dentro. La puerta se abrió lentamente con un chirrido...

El fuerte olor a moho que le vino le delató a Anton que el pequeño vampiro estaba en casa. Y tenía que estar despierto, pues de la habitación trasera surgía un débil resplandor.

Anton cerró tras de sí la puerta y exclamó:

—¿Rüdiger? Soy yo, Anton.

Respondió una risita muy clara.

Anton se quedó confundido... ¿Sonaba así la voz del pequeño vampiro?

—¿Rüdiger? —volvió a exclamar—. ¡Soy yo!

—¡Entra! —dijo una voz ronca... ¡La voz del pequeño vampiro!

—¿Estás solo? —preguntó Anton preocupado.

Volvió a oír una risita clara.

Luego dijo el vampiro:

—¡Te está esperando una dama!

—¿Una dama? —preguntó Anton asustado—. ¿Acaso es... Tía Dorothee?

—Mejor míralo tú mismo —contestó el vampiro con una risa como un graznido.

A Anton le tranquilizó que él se riera. ¡Entonces seguro que no era Tía Dorothee!

—¿Es Anna? —preguntó con voz opaca.

La respuesta fue una fuerte risita.

¡O sea, que sí era Anna!

Anton respiró. Entró en la pocilga sintiendo palpitaciones.

Anna estaba sentada en el extremo de los pies del ataúd. Su pequeña cara redonda parecía brillar a la luz de la vela. Sus grandes ojos le miraban con tanta ternura que le entraron sudores.

—Buenas noches, Anton —dijo sonriendo.

—Hola, Anna —contestó poniéndose colorado.

—Tenía que verte como fuera —dijo ella poniéndose colorada también.

—¿A... a mí?

No se le ocurrió una respuesta mejor.

—¿Crees acaso que me echaba de menos a *mi*? —graznó el vampiro desde su ataúd.

—Me he traído una cosa —dijo Anna sacando un libro rojo de debajo de su capa de vampiro—. ¡Mi álbum de poesías!



Llena de orgullo se lo enseñó.

—¡Tú vas a ser el primer ser humano que escriba en él!

—Ya hay también dentro una poesía mía —anunció el vampiro—. ¿Quieres oírla?

Y sin esperar la respuesta exclamó con voz enfática:

Sangre dentro, bien me encuentro. Si es champán, me va mal.

Anna le miró de soslayo y dijo con agudeza:

—Yo en tu lugar no presumiría tanto de ello.

—¿Por qué? —exclamó el vampiro con ojos centelleantes.

—Porque no es una poesía correcta. ¡«Champán» no rima bien con «mal»!

—¿Y qué? —gruñó el vampiro—. ¡Para eso riman «dentro» y «encuentro»!

—En una poesía correcta tienen que rimar bien todos los versos —repuso Anna.

El pequeño vampiro se encogió de hombros.

—Entonces cambiaré la poesía:

Sangre dentro, bien me encuentro. Si es champán, me va man.

—¡Bah! —dijo desdeñosa Anna—. ¡Eso no es buen castellano!

El pequeño vampiro contrajo la boca ofendido y se calló.

—¿Me escribes algo? —le dijo Anna a Anton mirándole suplicantemente.

Pero Anton no dio ninguna respuesta. Se había quedado de repente pálido como la tiza.

—¿Te pasa algo? —preguntó ella.

—Fuera hay alguien —dijo con voz temblorosa.

El pequeño vampiro, asustado, se levantó precipitadamente.

—¿Fuera delante de la pocilga?

—Sí. Y también sé quién es: ¡el señor Stöbermann! Ha venido a propósito esta noche para averiguar quién se bebe los huevos del gallinero.

—¿Y por qué no lo has dicho hasta ahora? —gritó el vampiro.

—Porque... —empezó Anton, pero se cortó.

¿Debía admitir que Anna le había dejado confundido por completo? ¿Que se había olvidado de todo lo demás cuando ella le miraba de aquella manera con sus grandes ojos?

Pero el vampiro no parecía esperar ninguna respuesta. Saltó del ataúd y le gritó a su hermana:

—¡Tenemos que huir!

—Tampoco llegaríais muy lejos —repuso sombrío Anton—. ¡El señor Stöbermann tiene un perro, una bestia, tan grande como un ternero!

—¡Entonces tenemos que atrancar la puerta! —gritó el vampiro tirando violentamente de la gran caja que había junto a su ataúd—. ¡Ayudadme!

Anna no se movió. Tranquilamente dijo:

—Tengo una idea mucho mejor..., en caso de que Anton colabore —añadió con una efusiva mirada a Anton.

—¿Qué idea? —preguntó receloso Anton.

—¡Ahora sales fuera y hablas con el tal señor Stöbermann!

—¿Yo? —exclamó Anton—. ¡Pero yo...

«... Tengo miedo de él!», iba a protestar. Pero luego se lo pensó mejor, pues no quería ponerse en ridículo.

—¿Y sobre qué voy a hablar con él? —dijo en lugar de eso con precaución.

—¡Da igual! ¡Sólo tienes que llevarle fuera de aquí!

Anton titubeó. La idea no era mala... y, probablemente, para los vampiros era la única posibilidad de huir. Y a pesar de ello...

—Siempre tengo que hacer yo todo —murmuró.

Anna sonrió dulcemente.

—¡Para eso eres un ser humano! Y vosotros, los seres humanos, lo tenéis casi todo mucho más fácil que nosotros.

—¡Eso sí que es verdad! —corroboró el pequeño vampiro.

Anton suspiró..., resignado a su suerte.

—Está bien —dijo—, iré.

El gran desconocido

Apenas había cerrado la puerta de la pocilga vino directamente hacia él una cosa negra, que se quedó sentada a un par de pasos de él después de una voz. ¡Era el perro del señor Stobermann!

Anton no se atrevió a moverse. ¡Tenía la sensación de que la bestia iba a destrozarle en cuanto él moviera un solo dedo!

Cuando apareció el señor Stöbermann hasta sintió alivio.

—Es... estaba buscando una cosa —murmuró Anton.

—¿El qué?

—Una..., ejem..., una hoja con un número de teléfono.

—¿La has perdido precisamente aquí?

—Sí, aquí por alguna parte...

—¡En el cobertizo de ahí detrás ya has mirado también!

El señor Stobermann señaló la vieja pocilga.

—Es que he oído cómo andabas por allí dentro.

Anton intentó permanecer completamente tranquilo.

—Es cierto —dijo—. Pero allí tampoco estaba la hoja.

—¿Has visto algo sospechoso en el cobertizo?

—¿Algo sospechoso? ¡No, nada en absoluto! —aseguró Anton.

El señor Stobermann miró indeciso hacia la pocilga.

—En este momento iba a mirar qué pasa en el cobertizo —aclaró—. Pero si dices que no has notado nada sospechoso... Allí seguro que no hay más que trastos, ¿no es así?

—¡Sí! ¡Sólo trastos!

—Entonces puedo ahorrarme el viaje.

—¡Eso creo yo! —confirmó Anton teniendo que reprimir la risa.

—Dime. ¿Sabes tú quién es el que se bebe aquí los huevos?

De repente la voz del señor Stobermann sonó confidencial, casi amistosa. ¡Al parecer Anton había logrado ganarse su confianza!

—Puedo imaginarme quién lo hace —dijo Anton.

—¿Sí? ¿Quién?

—Un hombre que llevaba un abrigo negro.

El señor Stobermann escuchó con atención.

—¿Un hombre que llevaba un abrigo negro? ¿El abrigo era muy largo y muy ancho?

Anton intuyó adonde quería ir a parar y disfrutó poniéndoselo delante de la nariz.

—Sí, llegaba hasta el suelo. Tampoco era un auténtico abrigo, sino más bien una capa.

—¿De veras?

El señor Stobermann silbó entre dientes en voz baja.

—¿Y qué aspecto tenía el hombre? :

—Estaba muy pálido y tenía el pelo largo y despeinado.

—¿Olía a mohó?

Ahora el señor Stobermann estaba realmente excitado.

—Casi tuve que taparme la nariz —contestó Anton.

—¡Bueno! —dijo el señor Stobermann—. ¿Y dónde has visto a ese hombre?

—En el pajar. Observé por casualidad cómo desaparecía entre las pacas de paja.

Tuvo que contenerse para no echarse a reír: ¡Al parecer el señor Stobermann le creía palabra por palabra!

—¿Y a qué hora del día le has visto?

—Por la noche.

Aquella era, naturalmente, la única respuesta correcta... ¡si quería hacer creer al señor Stöbermann que lo que él había visto era un vampiro!

—¿Puedes enseñarme el lugar por donde desapareció? —preguntó el señor Stöbermann con excitación mal reprimida.

—¡Naturalmente!

Antes de avanzar Anton volvió la vista otra vez hacia la vieja pocilga.

«¡Si no me tuvieran a mí!», pensó.

Poesía para vampiros

El señor Stöbermann, naturalmente, no encontró ningún hombre en el pajar. Su perro sólo rastreó un par de gatos pequeños que estaban en una caja de cartón maullando quejumbrosos.

Anton estaba ahora en la cama pensando placenteramente en ello cuando alguien llamó suavemente a la ventana.

Corrió hacia la ventana y apartó las cortinas.

¡Fuera estaba Anna!

Abrió asustado la ventana.

—¡No puedes quedarte aquí! —exclamó—. ¡Mi madre va a venir en seguida!

—Sólo quería traerte mi álbum de poesías —repuso ella sonriendo y dándole el libro rojo—. ¿Vas a escribir algo en él?

—Sí —dijo apocado.

Entonces llamaron a la puerta.

Inmediatamente después oyó la voz horrorizada de su madre:

—Anton. ¿Quieres coger una pulmonía?

—Yo..., tenía tanto calor... —balbució Anton metiendo el álbum de poesías en la cintura de su pantalón del pijama.

—¡Tienes calor porque tienes fiebre! —le reprochó su madre cerrando la ventana tan apresuradamente que no se dio cuenta de la pequeña sombra que se apretaba contra una esquina de la ventana.

—¿Te has puesto el termómetro?

—Sí —asintió Anton volviendo lentamente a la cama.

«¡Ojalá no se me caiga el libro de los pantalones!», pensó.

Afortunadamente su madre estaba ocupada con el termómetro.

—¡38,1! —exclamó.

Anton había llegado a su cama y se dejó hundir en el blando colchón.

—¿Eso es mucho? —dijo fingiendo ignorancia.

—Mañana tendrás que quedarte en la cama —declaró ella—. Y ahora apagas la luz y te duermes.

—Sí, mamá —dijo apretando el interruptor de la luz.

—¡Pero no cuando todavía estoy en la habitación! —dijo furiosa tanteando en la oscuridad en dirección a la puerta.

—¿Entonces puedo volver a encender? —preguntó riéndose burlonamente.

Ella, sin decir una palabra, salió dando un portazo.

Anton esperó hasta que hubiera bajado la escalera. Luego encendió la luz y saco el álbum de poesías. Tenía un forro de terciopelo rojo que ya estaba bastante gastado en algunos sitios. De la tela salía un olor a moho que le recordó a Anna...

Volvió a echarse en la cama y abrió la primera página lleno de expectación.

Allí ponía, con una redonda letra infantil: **ÁLBUM DE POESÍAS DE ANNA VON**

SCHLOTTERSTEIN, y más abajo:

Al que escriba en este libro le ruego que sea limpio.

Aquel ruego, al parecer, no había servido de mucho, pues ya en la segunda página había un montón de manchas de tinta:

Ay, qué hermosa que es la vida cuando a sangre nos convida. Esto te lo escribe con consideración tu hermano Lumpi.

Anton siguió hojeando:

*Si fortuna tener quieres,
búscala entre los demás,
pues la sangre que te dan
al propio corazón viene.
Como recuerdo de tu tía Dorothee.*

Anton sintió un estremecimiento agradable. ¡Era divertido leer las sanguinarias sentencias y saber al mismo tiempo que los vampiros que las habían escrito revoloteaban en la noche sin que a él pudieran hacerle nada!

Siguió leyendo:

Instálate donde canten, que aquel que tiene canciones es que también tiene sangre. Este consejo te da tu abuela Sabine la Horrible.

Luego venía la poesía de Rüdiger, que ya conocía Anton, con la firma siguiente:

Como recuerdo de tu hermano Rüdiger el Atroz.

Anton nunca había oído nada antes de aquel sobrenombre y supuso que con él Rüdiger sólo había querido darse importancia..., al fin y al cabo casi todos los vampiros tenían un sobrenombre.

Como, por ejemplo, Wilhelm el Tétrico, cuya sentencia estaba en la página siguiente:

Ten siempre sangre en los labios aunque truene o aunque nieve, o aunque el cielo con mil nubes de riñas la tierra llene. Como recuerdo de tu abuelo.

En la página siguiente lucía una gran mancha de sangre. Debajo ponía:

Cisne blanco en agua azul, querida Anna, vela tú que esté tu sangre tan pura cual tiene el cisne sus plumas. Esto te lo ha escrito tu tío Theodor.

Tío Theodor... ¡Aquél era el vampiro que había tacado un cuarteto encima de su ataúd y le había visto Geiermeier, el guardián del cementerio! Desde entonces su ataúd estaba vacío en la Cripta Schlotterstein...

¡A Anton, por eso, la mancha de sangre le pareció aún más terrorífica!
Rápidamente pasó la hoja:

*Hablar es plata,
sangrar es oro.
Esto te lo ha escrito tu padre
Ludwig el Terrible.*

«¡En el álbum de poesías que tengo en casa sólo hay sentencias aburridas, bien educadas o tontas!», pensó Anton lleno de envidia. «¡Entre ellas no hay ni una sola de la que pueda uno asustarse!»

Como la sentencia que había escrito Hildegard la Sedienta con una letra anticuada y llena de arabescos:

*Con un diente de vampiro en tu cara
estarás feliz y sana.
Como recuerdo de tu madre.*

Las páginas restantes estaban vacías a excepción de la pequeña palabra «Anton» que Anna había escrito arriba en la página siguiente.

¡Si supiera qué iba a escribir! ¡Pero todas las sentencias que se le ocurrían eran tan aburridas como las de su propio álbum de poesías!

Rosa, clavel, margarita; todas ellas se marchitan. Pero hay una que no...

Murmuró para sí esforzándose por encontrar una rima:

—¿«No me comas, por favor»? ¡No es demasiado gracioso!

—¿«No mueras de sed, por favor?» ¡Tampoco es mucho mejor!

—¡«No te desmayes, por favor»! ¡No, eso no pega!

Anton suspiró. ¡Iba a tener que trabajar duro para encontrar la sentencia apropiada!

Del cajón de su mesilla de noche sacó un bloc y un lápiz.

Una casita de rosas, de claveles la puerta...

Escribió y volvió a tacharlo en seguida.

Escribió:

*Sé como la violeta en el musgo, honesta, pura y humilde, no como el vampiro orgulloso,
que sólo quiere que le admiren.*

Eso sonaba mejor... ¿Pero no se sentirían ofendidos los vampiros? ¡Mejor no correr el riesgo!

*Sé obediente, no hagas mal; haz siempre a tus padres caso; aprende a hablar y a callar,
sólo en el sitio adecuado...*

A Anton se le cerraron los ojos. Para él aquél era ahora el sitio adecuado para dormir después de haber guardado el álbum de poesías de Anna en la maleta.

El descubrimiento de Stöbermann

Cuando Anton se despertó la mañana siguiente había junto a su cama una bandeja con el desayuno. ¿Creería su madre que estaba tan enfermo como para no levantarse a desayunar?

Cierto es que le dolía la garganta al beber ahora un trago de cacao... ¡Pero ya se pasaría en cuanto se hubiera levantado! ¡Fuera como fuera no quería quedarse en la cama!

¡Además, tenía que averiguar si aquella noche había ocurrido algo emocionante!

Se vistió y se fue abajo. Sus padres estaban sentados a la mesa y levantaron la vista sorprendidos cuando él entró. Las dos mujeres, al parecer, ya habían desayunado, pues sus sitios estaban recogidos.

—¡Deberías quedarte en la cama! —dijo la madre de Anton en tono de reproche.

—¡Pero si no estoy enfermo!

—¿Te has puesto el termómetro? —preguntó su padre.

—Sí —mintió.

—¿Y qué?

—36,1.

Sus padres cambiaron una mirada.

—No me lo creo —declaró la madre—. ¡Estás pálido y tus ojos brillan por la fiebre exactamente igual que ayer!

—¡No estoy enfermo! —dijo furioso.

—Si tú lo dices...

La voz de su madre sonó ofendida.

—¿Quieres un panecillo?

—Yo...

«... No tengo apetito», estuvo a punto de decir Anton, pero eso, naturalmente, no podía él admitirlo.

—Sí, gracias.

Su padre untó un panecillo de mermelada y se lo tendió.

—Por cierto... ¿Encontró el señor Stöbermann al ladrón de los huevos? —preguntó Anton con precaución.

—No. Pero ha encontrado otra cosa... ¡Algo que a ti te va a interesar especialmente! —añadió ella incisiva.

Anton se puso aún más pálido.

—¿El qué?

Ella señaló un viejo y gastado libro que había en el banco de la ventana.

—Es tuyo, ¿no?

¡Era *Carcajadas desde la cripta*, que se lo había prestado al pequeño vampiro hacía un par de semanas!

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Estaba en el gallinero. El señor Stöbermann lo descubrió detrás de unas cajas.

—Pero... —dijo Anton y luego se detuvo.

No tenía ningún sentido aclararles que había prestado el libro. ¡Entonces le preguntarían en seguida que a quién!

—¿Es verdad entonces? —dijo su padre.

—Sí. El libro es mío.

—Entonces también es verdad que estuviste en el gallinero.

¡Si ellos supieran! ¡Por nada del mundo volvería a pasar por el gallinero!

Pero aquello, naturalmente, no debía decirlo.

Por eso mintió:

—Sí.

—¡Aja! —dijo el padre visiblemente contento—. ¡Y entonces..., estuviste jugueteando con los huevos!

—¿Cómo dices? —exclamó indignado Anton—. ¿Que yo estuve jugueteando con los huevos...? ¡Ni siquiera los toqué!

—¿Ah, sí? —repuso con frialdad su padre—. ¿Quién fue entonces?

Anton estaba tan indignado por la terquedad y la parcialidad de su padre que se olvidó de toda precaución.

Saltó de su silla gritando:

—Si queréis saberlo: ¡Fue el pequeño vampiro!

Dicho esto corrió hacia la puerta.

Al principio iba a haber corrido hacia arriba, a su habitación, pero luego pensó que sus padres seguro que irían detrás de él para hacerle hablar. ¡Y él no tenía ninguna gana de que le siguieran interrogando!

Se acordó de que en el pajar había un par de viejas bicicletas que los huéspedes también podían usar. Sí, eso es lo que haría: simplemente marcharse..., ¡y pegarles un buen susto a sus padres, que siempre querían saber adónde iba!

«¡Quizá reconozcan entonces la injusticia y la guarrada que es que sospechen de mí!», pensó mientras salía de allí en una bicicleta verde sin timbre y sin frenos en dirección a «Cebolla-City».

Pero no llegó muy lejos. Después de un breve recorrido tuvo que apearse porque se mareaba. Se quedó inseguro de pie junto a la bicicleta.

¿Debía seguir a pie?

Pero sintió que realmente ya no quería salir corriendo. De repente se sentía tan cansado...

Volvió a llevar la bicicleta al pajar y se fue a su habitación.

Visitas

—¡Tiene 38,3 de fiebre! —oyó Anton decir a su madre.

—¡Entonces tendremos que llamar al médico!

Aquella era la voz de su padre.

Anton pestañeó. Vio a sus padres de pie junto a la cama. Le miraban a él con caras preocupadas.

—¿Estoy enfermo? —preguntó.

—Sí. Ahora vamos a llamar al médico.

—¡No, al médico no! —gritó Anton.

¡Sus padres no podían imaginarse quién era el médico de allí!

—¿Y por qué no?

—Porque... ¡Ya me encuentro mucho mejor!

—¿Así tan de repente? —dijo dudosa la madre—. No, el médico tendrá que venir de todas maneras.

—Tú antes no tenías miedo de los médicos —se asombró el padre de Anton.



—Antes... —dijo Anton—. ¡Es que tampoco eran tontos de pueblo como los de aquí!

—¡Anton! —exclamó su madre—. ¡Qué te has creído!

—Pero si es verdad... —dijo—. Seguro que aquí en el pueblo no saben distinguir una

inyección de una horquilla de estercolero.

—Creo que estás fantaseando —dijo irritado el padre.

—¡Ojalá! —gruñó Anton.

¡Pero desgraciadamente el señor Stöbermann, que poco después estaba junto a su cama, no era ningún personaje fantástico! No, estaba bien vivo, con su ancha cara y sus penetrantes ojos azules.

—¿Estás enfermo? —preguntó de forma grosera y campechana.

—No lo sé —dijo solamente Anton.

—¿No lo sabes?

La voz del señor Stöbermann sonó divertida.

Anton había decidido contestar de la forma más descortés posible:

—No sé lo que le habrá contado mi madre.

—¡Por favor, Anton! —protestó su madre.

—Entonces abre la boca —dijo el señor Stöbermann abriendo su maletín de médico.

Anton obedeció de mala gana.

—La faringe está inflamada —anunció el señor Stöbermann después de haber mirado la garganta de Anton—. Debes haberte enfriado ayer por la noche.

Anton se puso colorado.

—¿Encontraste por lo menos la hoja? —siguió preguntando el señor Stöbermann. Pareció no estorbarle el hecho de que Anton no pudiera contestarle porque seguía aún con la boca abierta.

—Los chicos pequeños tampoco deberían ir por ahí solos en la oscuridad —opinó mientras vaporizaba un líquido picante en la garganta de Anton—. ¡Quién sabe lo que puede haber ahí fuera! Por cierto..., no vi por ninguna parte al hombre del que me hablaste.

—¿Qué hombre? —preguntó el padre de Anton aguzando el oído.

¡Anton hubiera preferido que se le tragara la tierra! ¡Había temido que le hiciera aquella pregunta!

—¿No lo sabe usted? —dijo sorprendido el señor Stöbermann—. En el pajar hay escondido un hombre. Está muy pálido, tiene el pelo largo y despeinado y lleva una capa negra.

—¿Le ha contado eso Anton? —preguntó la madre.

—Sí.

—¡Eso sólo se lo ha inventado! —exclamó con vehemencia—. ¡Lo ha leído en sus absurdos libros!

—¿Es eso cierto? —preguntó el padre—. ¿Te lo has inventado?

—Sí —dijo Anton después de vacilar brevemente.

—¿Y por qué? —preguntó el señor Stöbermann.

—¡Porque quería darse importancia! —dijo el padre.

Anton se mordió los labios. Aquello era una vulgar imputación..., ¡y él ni siquiera podía defenderse, si no quería delatar al vampiro!

—Quería gastar una broma —dijo haciendo rechinar los dientes.

—¡Bonita broma! —observó furioso el señor Stöbermann—. ¡Con ella, probablemente, se nos ha escapado el verdadero ladrón de los huevos!

Anton tuvo que reírse irónicamente: ¡si el señor Stöbermann supiera cuánta razón tenía!

—Yo pensaba que usted ya sabía de sobra quién era el ladrón de los huevos —dijo con gesto de inocencia.

—¿Por qué?

—Bueno... ¡Es que mi padre conoce al ladrón!

—¿Cómo se te ocurre eso? —exclamó su padre.

—¿Acaso no es cierto que sospechas de alguien?

—¿Y de quién?

Su padre incluso se había puesto un poco colorado, según comprobó Anton con oculta malicia.

—Sí, ¿de quién? —preguntó también expectante el señor Stöbermann.

Anton sonrió.

—¡De mí! —dijo con sencillez.

—¡Qué tontería! —exclamó el padre dirigiéndose al señor Stöbermann—. Yo sólo quería saber cómo ha ido a parar su libro al gallinero.

—No discutáis —rogó la madre—. Después de todo, Anton está enfermo.

—¡Exacto! —dijo Anton—. ¡Y ahora necesito tranquilidad!

Dicho esto se echó sobre la almohada y cerró los ojos..., pero no tanto como para no poder ver cómo el señor Stöbermann cerraba su maletín de médico.

—Me volveré a pasar por aquí mañana temprano —declaró.

Cuando se marchó dijo la madre de Anton:

—Ahora no vas a poder estar esta noche con nosotros en la fiesta.

—De todas maneras no tenía ganas —gruñó Anton.

—¡A pesar de ello es una lástima! ¡Tienes que ir a ponerte malo precisamente en vacaciones!

—Yo no tengo la culpa —dijo Anton volviendo la cabeza hacia la pared.

¡Que te mejores!

A las ocho y media, cuando llegaba hasta la habitación de Anton el aroma de las salchichas que estaban preparando a la parrilla en el jardín, llamaron suavemente a la puerta.

—¿Sí? —dijo.

Entró Johanna con un plato de cartón y un vaso en la mano.

—He pensado que a lo mejor tenías hambre —dijo ella poniendo las cosas en la mesilla de noche.

Al hacerlo su mirada fue a parar al álbum de poesías de Anna, que estaba allí.

—¿Es un libro de vampiros? —preguntó curiosa.

—No —dijo apresurado Anton metiendo el libro debajo de la almohada—. Es un álbum de poesías.

—¿Un álbum de poesías?

Johanna se rió entre dientes.

—Aquí sólo las niñas escriben en ellos.

—¡Donde yo vivo los chicos somos más avanzados!

—¿Puedo verlo?

—No.

—¡Por favor!

—Como mucho puedo leerte un par de sentencias —dijo Anton riéndose insidioso.

—¡Oh, sí!

Anton tomó el libro y lo mantuvo de tal forma que ella no pudiera ver lo que ponía:

¡Ay, qué hermosa que es la vida cuando a sangre nos convida!

Johanna le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Pone eso ahí?

—¿Quieres oír más aún? —preguntó con una suave risa.

Sin esperar su respuesta leyó:

*¡Ten siempre sangre en los labios aunque truene o aunque nieve, o aunque el cielo con mil
nubes la tierra de riñas llene!*

—¡Liiih, son poesías horribles! —dijo ella—. ¡No me gustaría tenerlas en mi álbum de poesías!

Anton se rió irónicamente.

—A otras les gustan estas cosas.

—Entonces, ¿de quién es el álbum?

—Es de..., de mi novia.

—¿De tu novia? —dijo sorprendida Johanna—. No sabía que tuvieras una.
—Tampoco tienes por qué saberlo todo —dijo.
—¿La conozco?
—Claro que no.
—¿Y cómo se llama?
—Anna.
—Sí, entonces... —dijo apocada yendo hacia la puerta—. ¡Que te mejores!
—¡Gracias por la comida! —le gritó Anton.

Rosas rojas, tulipanes, narcisos

Apenas había cerrado Johanna la puerta llamaron a la ventana. Anton esperó a que se alejaran los pasos de ella. Luego se levantó y fue en silencio hacia la ventana. Echó las cortinas a un lado y miró hacia fuera acechante.

Al principio sólo vio el oscuro cielo nocturno y la luna en él. Luego vio algo más: ¡la cara de Anna! Estaba sentada en el poyete de la ventana envuelta apretadamente en su capa como si tuviera mucho frío.

Anton abrió la ventana.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella.

—Si quieres... —dijo enfadándose porque su voz sonara tan temblona.

—Claro que quiero —sonrió saltando con ligereza al interior de la habitación.

Mientras miraba a su alrededor preguntó:

—¿Tenías visita?

—¿Cómo lo sabes?

—Os he estado oyendo.

Anton notó cómo su cara se ponía colorada.

—¿También has entendido de qué hemos hablado?

—Sí. ¡Tú le has contado que yo soy tu novia!

—Eso sólo lo he dicho porque ella quería saber de quién era el álbum de poesías —intentó disculparse.

¡Le resultaba tremendamente penoso que ella hubiera escuchado todo!

Pero Anna parecía no encontrar nada malo en ello.

—Pero si no importa que ella esté enterada de lo nuestro... —dijo con ligereza como si fuera la cosa más natural del mundo.

Luego se trasladó a la cama, donde estaba el álbum de poesías.

—¿Has escrito algo?

—No. No se me ha ocurrido nada.

—Pero si hay muchísimas sentencias. ¿Quieres que te diga una?

Rosas rojas, tulipanes, narcisos, tu madre todo lo puede saber; sólo una cosa no tiene por qué: ¡la primera vez que te besa un chico!

Se rió entre dientes, pero Anton sólo levantó las cejas.

—¡Yo no escribo cosas así! —declaró.

—¿Por qué no estás en realidad en el jardín? —preguntó ella directamente—. Si están celebrando una fiesta...

—No tengo ganas —gruñó Anton que no quería que se enterara de su inflamación de garganta y se compadeciera de él.

—¡Pero si es una fiesta estupenda! —dijo entusiasmada—. ¡Hay un gran fuego, y faroles colgados de los árboles...!

—... Para niños pequeños! —añadió Anton con tono de censura.

—No. ¡También hay personas mayores! A mí, sea como sea, me gustaría tomar parte en ella.

—¡Pues hazlo!

—¡No soy tan inconsciente! —repuso—. Además, no tengo tiempo. Tengo que ayudar a Rüdiger a volver a llevar su ataúd a la cripta.

—¿Vas a volver a llevar el ataúd a la cripta? —exclamó perplejo Anton—. Pero..., ¿por qué?

—Es por Stöbermann. Rüdiger no ha pegado ojo en todo el día y ahora quiere volverse a casa de todas todas.

—¿Y por qué no me lo dice él mismo?

—Porque tiene miedo. Es que piensa que Stobermann estará fuera en el jardín.

—Pero sin mí no encontrará nunca el camino de vuelta...

—¿Tú crees? —dijo irónica Anna—. ¡Me tiene a mí! Yo sé orientarme muy bien en la oscuridad. Y, al fin y al cabo, ya encontré el de ida.

—¡Pero vosotros no conocéis los peligros del campo! ¡Aquí incluso hay gente que todavía cree en vampiros!

Anna le miró con ternura.

—¿Te preocupas por mí?

—¡Yo..., so... sólo quiero que no os pase nada! —tartamudeó.

Los grandes ojos de Anna resplandecieron.

—Ay, Anton —suspiró volviendo luego rápidamente la cabeza—. Por mí nunca se había preocupado nadie —dijo en voz baja.

Anton tosió sonrojándose.

—Puedo llevaros hasta la estación —dijo para desviar la conversación hacia un tema menos embarazoso—. Desde allí podéis ir volando a lo largo de los raíles.

—¡No es necesario! —repuso ella.

—¡De todas formas! —dijo Anton—. Más valen tres que dos.

—Está bien —dijo ella.

Y mientras le miraba fijamente añadió dulce:

—¡Así estaremos juntos un rato más!

—Ahora..., ahora deberíamos irnos —murmuró.

—¿En pijama? —dijo ella riéndose.

Anton se miró y se sobresaltó: ¡Hasta ahora no se había dado cuenta de que estaba en pijama delante de Anna!...

¡Su viejo, ajado y raído pijama! Anna pareció no advertir su turbación. Trepó al poyete de la ventana y dijo:

—Te esperamos en la pocilga. Luego salió volando de allí.

Novedades de la cripta

Anton se puso su jersey más grueso y se enrolló una bufanda al cuello. Sus dolores de garganta se habían hecho aún mayores..., a pesar de las pastillas que le había dado Stöbermann.

«Probablemente sean pastillas para otra cosa», pensó cáustico. «Contra el catarro intestinal o los hongos en los pies.»

A pesar de ello se metió otra pastilla en la boca antes de irse para abajo.

Se quedó parado delante de la casa y acechó.

El jardín, por suerte, estaba al otro lado de la casa. Desde allí sonaba la música y oyó reírse a una voz de mujer.

¡Ojalá durara la fiesta mucho tiempo aún! ¡Por lo menos hasta que él hubiera regresado de la estación! Y si no... ¡ya se le ocurriría alguna excusa!

Anna y Rüdiger ya le estaban esperando en la puerta de la pocilga, en cuya sombra habían dejado el ataúd sobre el suelo.

—¿Vienes de una vez? —gruñó el pequeño vampiro.

—¡No seas tan grosero con Anton! —le reprochó Anna—. Después de todo quiere ayudarte.

—¡Sí, sí! ¡Primero me enreda para venir aquí y encima tengo que estar agradecido!

—¿Que yo te he enredado para venir aquí? —dijo indignado Anton—. ¿Y quién era el que tenía que huir de Jorg el Colérico?

El vampiro sonrió ampliamente.

—Nadie, Jorg el Colérico se ha ido de la cripta.

Anton resopló de indignación por la forma en que el vampiro volvía a tergiversar los hechos.

—¡Eso sí que no es verdad!

—¿Ah, sí? —se rió entre dientes el vampiro—. Pregúntale a Anna si no es verdad que se ha ido.

—¡No me refiero a eso! —dijo colérico Anton.

Naturalmente Rüdiger sabía de qué estaba hablando Anton..., pero con lo egoísta que era no lo reconocería. Y ahora no tenía sentido discutir con él sobre ello.

—De verdad que se ha ido —dijo Anna que no podía imaginarse de qué iba la cosa—. Jorg el Colérico quería recuperar el alfiler de corbata que le había regalado a Lumpi. Pero Lumpi no quiso devolvérselo y le echó de la cripta.

Ella se rió entre dientes.

—¿Lo ves? —dijo triunfante el pequeño vampiro—. ¡Bueno, y ahora puedes ayudar a Anna a llevar el ataúd!

—¿Y tú qué harás? —preguntó Anna.

—Yo os indicaré el camino.

—¡Eso es lo que tú quisieras! ¡O llevas el extremo delantero o yo no agarro!

—¿Y Anton? —criticó el vampiro.

—Anton nos señalará el camino —aclaró yendo hacia el extremo trasero del ataúd—. ¿Qué pasa? ¿Quieres que deje tu ataúd aquí tirado?

—Ya voy —gruñó malhumorado el vampiro, y levantó el extremo delantero del ataúd.

—Ya estamos listos —sonrió ella a Anton, que se había asegurado una vez más de que no había nadie por allí cerca.

—¡Bien! —dijo él—. ¡No hay moros en la costa!

Tensión baja

Rodearon el pajar y atravesaron el patio, en el que estaba el coche de los padres de Anton y la furgoneta azul clara de los Hering. Atravesando por medio de los altos árboles llegaron a la Calle Vieja del pueblo.

Después de haber andado un rato el pequeño vampiro dejó en el suelo su extremo del ataúd.

—Me duele la espalda —gimió.

—¡Tú lo que quieres es que Anton lleve el ataúd por ti! —le increpó Anna.

—No he dormido en todo el día —se quejó—. Y tampoco he comido. Se me nubla la vista.

—Eso no hay quien se lo crea —dijo ella solamente.

—¡Tengo la tensión baja! —exclamó el pequeño vampiro—. ¡Y por eso puedo desmayarme muy fácilmente!

—Ya —dijo incrédula Anna—. ¿Y cómo sabes que tienes la tensión baja?

—Eso lo nota uno.



—Yo sólo noto que tú eres un vago —repuso colérica.

El vampiro puso una cara ofendida.

—Tú no tienes derecho a opinar. Al fin y al cabo todavía eres casi un bebé.

—¿Tú crees, abuelito? —contestó Anna dejando caer con estrépito su extremo del ataúd sobre los pies de Rüdiger.

—¿Te has vuelto loca? —gritó el vampiro.

Con un gesto desfigurado por el dolor empezó a saltar a la pata coja.

—¡Os habéis vuelto locos los dos! —siseó Anton—. ¡Hacéis tanto ruido como si estuvierais solos en el mundo!

Anna y Rüdiger se asustaron. De pronto se quedaron sin decir esta boca es mía.

—¿Nos ha oído alguien? —preguntó preocupado el vampiro.

Anton señaló con una inclinación de cabeza una casa que estaba oculta detrás de un alto seto y de la que sólo podía verse una ventana de la buhardilla iluminada.

—Es muy posible...

—¡Tenemos que seguir! —apremió Anna.

—No, espera —dijo el vampiro—. Quizá pueda cobrar fuerzas allí detrás...

—Yo no lo haría —dijo Anna.

—¡Pero yo sí! —replicó el vampiro—. ¡Luego también me resultará mucho más fácil llevar el ataúd...!

Con los labios entreabiertos y la mirada fija y perdida caminó lentamente hacia la casa.

Anna arrastró a toda prisa el ataúd detrás de un arbusto.

—Ven, vamos detrás de él —le susurró a Anton—. ¡Si no, todavía va a ocurrir una desgracia!

Espías

El pequeño vampiro no se molestó en tomar nota de la parte delantera. Firmemente resuelto se dirigió a la parte trasera de la casa.

—Se cree que todo el mundo se olvida de cerrar la entrada trasera —dijo Anton en voz baja a Anna.

Ella le miró sorprendida.

—¿Es cierto eso?

—No. Pero ya se dará cuenta él mismo.

—¿No vamos detrás de él?

—Prefiero quedarme detrás de los matorrales —contestó Anton—. Además, de todas formas volverá en seguida.

Después de una pausa dijo Anna:

—A mí me gustaría mirar lo que hay dentro. Es que me interesa la decoración de interiores.

—¿Acaso quieres entrar?

—No. Sólo mirar por la ventana —dijo ella—. ¿Me esperas mientras?

Anton asintió con la cabeza. Ella corrió rápidamente hacia la casa y espió por las ventanas.

Luego volvió con expresión decepcionada.

—¡Puf, qué decoración más aburrida! —dijo—. En la habitación de la izquierda sólo hay una mesa de comedor con cuatro sillas. En la habitación de la derecha hay un escritorio junto a la puerta, y también hay estantes para libros.

Anton bostezó para demostrarle lo poco que le interesaba aquello.

—Y al lado está la sala de estar —prosiguió ella—, con un sofá, una mesa y dos sillones. Ah, sí, y pegada a la pared hay una vitrina.

Anton sólo había escuchado a medias. No se asustó hasta que ella dijo:

—Y en la vitrina hay muchísimas mariposas.

—¿Qué hay en la vitrina? —preguntó—. ¿Mariposas?

—Sí. He podido verlas muy bien porque la luz de la luna entraba en la habitación. E imagínate: ¡Alguien las ha atravesado con cerillas!

—¡Oh, no! —se quejó Anton—. ¡Entonces es la casa de Stöbermann!

Los ojos de Anna se agrandaron del susto.

—¿La casa de Stöbermann? ¿Y Rüdiger...?

—Ojalá estuviera cerrada la puerta de atrás —dijo apagado Anton.

Ahora oyeron un furioso ladrido que venía de la parte trasera de la casa.

Anton se quedó rígido.

—¡El perro de Stöbermann! ¡La bestia negra!

—Voy a ver si le ha pasado algo a Rüdiger —declaró Anna queriendo marcharse.

—¡Un momento! —dijo Anton sujetándola de la capa.

Excitada preguntó:

—¿Tienes una idea mejor?

—¡No debemos precipitarnos! —dijo suplicante—. ¿O quieres que Stöbermann te atrape también a ti?

—¿Crees acaso qué...?

Dejó la frase sin acabar, pues en ese momento se encendió la luz en la habitación de la derecha: el gabinete de trabajo.

Y lo que allí vieron les cortó la respiración: el señor Stöbermann entró en la habitación... ¡empujando delante de él al pequeño vampiro! Rüdiger tenía la cabeza agachada como un animal que llevan al matadero.

—¡Oh, qué horrible! —susurró Anna—. ¿Qué es lo que va a hacer ahora con él?

Como si hubiera oído sus palabras, el señor Stöbermann cerró las cortinas de un tirón.

—Primero le sonsacaré —aventuró Anton—. Sí, y luego...



No siguió hablando. La idea era demasiado horrorosa. Con toda claridad Anton había visto las afiladas estacas de madera que asomaban del bolsillo de la chaqueta de Stöbermann...

—¡Lo que yo haría sería romper la ventana! —dijo Anna agitando sus pequeños puños.

—Eso no serviría de nada —contestó Anton—. Tenemos que hacerlo de otra forma, con más astucia. Y ya sé también cómo...

—¿Cómo? —preguntó Anna con los ojos muy abiertos.

—Llamaré al timbre. Entonces Stöbermann vendrá hasta la puerta...

—... Y Rüdiger podrá escaparse! —añadió excitada—. ¡Oh, Anton, tengo miedo!

«¡Yo también!», pensó Anton, pero prefirió no decirlo.

Adelantó decidido su barbilla y fue hacia la puerta de la casa con gesto arrogante...; se sentía como un torero entrando en el ruedo.

—¡Mucha suerte! —le gritó Anna.

—Gracias —dijo en voz baja antes de apretar el timbre.

No son horas de consulta

Anton oyó cómo sonaba dentro de la casa. En sus oídos sonó agudo y desentonado, y su corazón empezó a latir aceleradamente.

Pero no se sentía ningún ruido. Tragó saliva. Volvió a llamar al timbre.

Ahora se acercaron unos pasos.

Anton hubiera preferido darse la vuelta y salir corriendo de allí... pero pensó en el pequeño vampiro y apretó los dientes.

El señor Stöbermann abrió la puerta, pero sólo una rendija. Miró desconfiado a Anton engurruñando los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó huraño.

—Yo...

Anton se había pensado antes qué era lo que iba a decir exactamente, pero ante la mirada inquisitiva de Stobermann empezó a tartamudear.

—Yo..., es por mis... ¡mis dolores de garganta!

El gesto reservado de Stobermann se aclaró.

—Ah, vaya... Ahora te reconozco: ¡tú eres el niño veraneante de la faringitis!

Abrió la puerta hasta la mitad.

—Dime, ¿qué estás haciendo aquí fuera? ¿Cómo es que no estás en la cama?

—Mi... mi madre me ha enviado —mintió Anton—. Para... para buscar otras pastillas. Las que usted me ha dado no hacen nada.

—¡Tampoco pueden hacerte nada saliendo por la noche! —dijo indignado el señor Stöbermann—. Pero a pesar de todo te daré otras. ¡Espera aquí!

—¡Un mo... momento! —tartamudeó Anton.

Notó cómo empezaba a sudar. ¡Tenía, como fuera, que mantener a Stöbermann más tiempo aún en la puerta si quería que la fuga del pequeño vampiro tuviera éxito!

—¡Mi... mi madre ha dicho que también tenía usted que mirarme la garganta!

—¿Para eso te manda tu madre hasta aquí con el frío aire de la noche? —dijo el señor Stöbermann sacudiendo la cabeza—. ¡Qué estupidez! Si no tuviera visita en este momento, llamaría a tu madre por teléfono para que viniera y te recogiera. Pero, como he dicho, tengo visita... —prosiguió con la voz cambiada mirando nervioso detrás como si esperara la aparición del vampiro..., ¡que presumiblemente ya se habría escapado!

Malhumorado dijo:

—¡Ahora no son horas de consulta! Además, tengo que atender a mi visita. Vuelve mañana.

Anton hizo acopio de todo su valor.

—¿Y las pastillas?

El señor Stöbermann se había puesto visiblemente más intranquilo aún.

—Te traeré un par de pastillas de mi gabinete de trabajo —dijo—. ¡Espera!

Vio con inquietud cómo desaparecía en una de las habitaciones. Durante un rato no oyó nada... y luego oyó un grito.

—¡La ventana! ¡Mira que no haber pensado en eso...!

Anton pegó un salto de alegría. Ahora podía estar seguro de que la huida del pequeño vampiro había tenido éxito. En aquel momento prefería no encontrarse con el señor Stöbermann...

Precipitadamente se dio la vuelta y salió de allí corriendo. Bajó el jardín corriendo y cerró tras sí el portón. Sólo se detuvo cuando había alcanzado el matorral detrás del cual había escondido Anna el ataúd.

¡Pero el sitio estaba vacío! No había rastro de Anna ni del pequeño vampiro..., sólo la aplastada hierba indicaba dónde había estado el ataúd.

¿Debía ir solo a la estación y encontrarse quizá por el camino con Anna y Rüdiger? ¡No! ¡Ya se las apañarían sin él los dos vampiros! Se apretó la bufanda alrededor del cuello y corrió de regreso a la granja.

Si tienes todavía una madre

Anton se acercó a la casa de la granja con una sensación de angustia. Se esforzó en escuchar con atención..., pero en el jardín ya no sonaba la música; ya no se oía ninguna confusión de voces, ni ninguna risa. ¿Se habría acabado ya la fiesta?

Vio que la luz de su habitación estaba encendida. Pero podía ser también que él mismo se hubiera olvidado de apagarla. La puerta de la casa no estaba cerrada. Mientras subía la escalera sin hacer ruido oyó que estaba puesta la televisión.

«¡Haz que estén todos allí abajo viendo una película!», rogó.

Pero cuando abrió con cuidado la puerta de su habitación donde primero fue a dar su mirada fue en su madre, que estaba sentada en una silla al lado de su cama.

—Hola, mamá —dijo tan cariñoso como le fue posible.

Rápidamente se puso el pijama y se metió en la cama.

—¿Dónde has estado? —preguntó ella aguda.

El tono irritado de su voz le hizo estremecerse.

—En el médico —dijo de acuerdo con la verdad.

—¿En el médico? —repitió incrédula—. ¿Tengo que creérmelo?

—Puedes llamarle por teléfono.

—¿Y qué es lo que querías hacer tu, por todos los diablos, en su casa?

—Quería recoger otras pastillas.

—Que querías...

Se quedó cortada. Al parecer no había contado con eso.

—¡Y yo que creía que estarías dando vueltas por ahí fuera buscando vampiros!

—¡Pero mamá! —dijo—. ¡No soy tan inconsciente!

Su madre le inspeccionó recelosa.

—¿Y has estado de verdad en casa del señor Stöbermann?

—¡Sí!

—¿Y por qué no nos has avisado? Nosotros te podríamos haber recogido las pastillas.

—No quería molestaros —contestó con astucia. (Su madre valoraba especialmente la cortesía.)—. Y el aire fresco es muy sano. Por lo menos eso decís vosotros siempre.

—¿Y te han dado las pastillas?

—¿Las pastillas? Nnn..., no. Es que el señor Stöbermann tenía otro..., ejem..., paciente. Pero ya no las necesito, porque vuelvo a estar ya casi bueno del todo.

—Una historia un poco complicada —opinó su madre—. Pero precisamente por eso creo que es cierta.

Anton puso una cara ofendida.

—¿Por qué no iba a ser cierta? ¿Crees que te estoy mintiendo?

Y realmente la historia no era ninguna mentira... ¡Anton sólo había dejado a un lado lo que su madre no debía saber!

—¿Cuándo vamos a irnos en realidad? —preguntó para desviar la atención de ella.

«¡Espero que antes de que el señor Stöbermann venga a hacer la visita!», pensó.

—Nada más desayunar —contestó la madre—. Papá tiene que volver a la oficina por la tarde.

¡Anton se hubiera puesto a dar saltos de alegría! Pero naturalmente no dejó que su madre lo notara.

—¡Qué lástima! —dijo con fingida decepción.

—¿Es que te ha gustado esto? —preguntó sorprendida.

—¡Sí! —mintió.

—¿Y no has echado nada de menos a tus vampiros?

—¿Qué..., qué quieres decir con eso?

—A tus extraños amigos, que van por ahí siempre con capas de vampiros...

—¡En absoluto! —aseguró Anton.

«¡Cómo iba a tener que echarles de menos!», pensó Anton y tuvo que reírse irónicamente.

—¡Si es así, podríamos volver a pasar pronto unas vacaciones aquí en la granja!

—Por mí... —dijo con indiferencia.

¡Lo que ocurriera en el futuro en aquel momento le daba igual!

—¡Lo único que no has podido es prescindir de tus libros de vampiros! —observó incisiva.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡En la pequeña tienda nada te corría más prisa que comprarte un libro de vampiros!

—Sí, ¿y qué?

—¡Y te has traído de casa Carcajadas desde la cripta!

—¡Ya lo sabes!

—¡Y te he encontrado otro libro de vampiros!

Anton se puso pálido.

—¿Sí? ¿Cuál?

Con una sonrisa de triunfo sacó de detrás de la espalda el álbum de poesías de Anna.

—¡Poesías de vampiros! —dijo observando el libro llena de repugnancia.

—¿Es que lo has visto por dentro? —exclamó indignado Anton.

—Naturalmente.

Ella lo abrió.

—Anna Irmgard von Schlotterstein..., ¿es una niña de tu colegio? El nombre me resulta tan conocido...

—Ella..., está en segundo.

La madre de Anton siguió hojeando.

—¡Vaya unos nombres que se han inventado! Wilhelm el Tétrico, Ludwig el Terrible... ¿Hay que reírse de esto?

Sacudiendo la cabeza leyó:

Ten siempre sangre en los labios, aunque truene o aunque nieve...

—En mis tiempos sólo escribíamos poesías bonitas.

—Es que los tiempos han cambiado —dijo Anton, que estaba contentísimo de que, por lo que se veía, ella no se tomaba en serio las poesías.

Ella cerró el libro y se lo entregó a Anton.

Anton se rió irónicamente en alto:

Si tienes todavía una madre da gracias a Dios sonriente, pues no a todos en este mundo les está dada esta gran suerte.

Su madre notó la oculta ironía con la que recitaba la poesía.

Ella se puso de pie.

—¡Realmente ya estás casi bueno del todo! —dijo indignada y salió de la habitación.

Anton echó otra ojeada al álbum de poesías. Pero estaba demasiado cansado para ponerse a pensar en una sentencia.

¡Eso podría hacerlo al día siguiente..., durante el viaje de regreso!

División del trabajo

Anton se llevó al desayuno su maleta y la cartera del colegio en la que había escondido sus libros de vampiros y la capa.

El álbum de poesías de Anna lo llevaba a la vista debajo del brazo... ¡Ahora ya no tenía que esconderlo más!

Se encontró en el comedor a su madre. Estaba sentada a la mesa, tenía una taza de café delante de ella y charlaba con las dos mujeres.

—¡Esta noche hemos dormido por primera vez en condiciones! —dijo una de las mujeres.

La otra completó:

—¡Había una calma celestial! Lástima que tengan ustedes que marcharse precisamente ahora.

—¡Realmente es una pena! —observó Anton.

—Anton ha cambiado radicalmente su mala opinión respecto a las granjas —anunció orgullosa su madre—. ¿No es cierto, Anton, que a pesar de todo te has divertido?

—¡Y de qué manera! —dijo..., sin mucho peligro, pues por la ventana podía ver cómo cargaba su padre el coche.

—Por desgracia, sus vacaciones del colegio ya se han terminado —dijo su madre.

—¡Por desgracia! —corroboró Anton con todo su corazón.

Entonces se le ocurrió algo:

—¿Debo ir de todas formas al colegio?

—¿Por qué no?

—Es que estoy enfermo.

—¿Sigues estando enfermo? Entonces tendremos que esperar al doctor Stöbermann.

—¡Ta... taaan enfermo tampoco estoy! —aseguró precipitadamente—. ¡En realidad estoy completamente sano!

Aquello realmente no era cierto..., ¡pero no quería volver a encontrarse con el señor Stöbermann!

—Incluso puedo llevar yo solo mi maleta al coche. Y también la cartera.

Dicho esto agarró su equipaje y abandonó rápidamente la habitación..., antes de que ella pudiera recordarle que no había comido absolutamente nada aún.

Colocó su maleta junto al coche.

—¿Nos vamos pronto? —preguntó.

—¡Seguro que ya no puedes esperar más! —se rió irónicamente su padre.

—Al contrario.

Con la seguridad de que no iba a hacerse realidad añadió con desenfado:

—Por mí podemos quedarnos una semana más.

¡Su padre hasta pareció creérselo!

—Por desgracia yo tengo que ir esta tarde a la oficina —declaró—. Por eso tenemos que marcharnos en seguida..., en cuanto yo haya terminado.

«¡Pues venga!», pensó Anton.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó alegre.

—Puedes ir avisando a mamá.

Su madre salió por la puerta de la casa.

—¡Mira lo que ha encontrado Johanna! —dijo ella enseñándole a Anton un sombrero que llevaba en la mano—. ¿No es exactamente igual que el tuyo? El mismo fieltro, la misma pluma verde...

Anton intentó que no le descubriera.

—Sí, sí, muy parecido...

Claro que era su propio sombrero... ¡El que había perdido el pequeño vampiro!

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó.

—Creo que donde los caballos. Qué raro..., podría ser realmente tu sombrero.

Dicho esto lo colgó en el guardarropa.

—¿No sería mejor que nos lo lleváramos? —dijo Anton—. En caso de que alguna vez se pierda el mío...

Ella le miró sorprendida.

—Yo creía que a ti no te gustaban los sombreros tiroleses.

—Sí que me gustan. Sobre todo en invierno...

No era una explicación muy convincente; él mismo se daba cuenta de ello.

—¡Un sombrero es suficiente! —decidió su madre—. Además, no es nuestro. Ya lo recogerá el dueño.



—¡Si tú lo dices! —dijo colérico Anton.

¡Entonces sería culpa de ella si en la próxima visita de su abuela no podía enseñarle el sombrero tirolés que ella le había regalado!

Para enfadarla dijo:

—Por cierto..., ¿por qué dejas que papá haga todo el trabajo él solo? ¡Tú siempre estás a favor

de la división del trabajo!

Ella le miró cáustica.

—¡Y eso lo dices precisamente tú!

El se rió irónicamente.

—Es que tampoco soy yo el que está a favor de la división del trabajo, sino tú —declaró y se marchó hacia el coche con la cabeza levantada.

Allí ya estaban esperando la señora Hering y Johanna.

—Me alegro de que hayan estado a gusto entre nosotros —dijo la señora Hering sin haberle preguntado a él siquiera.

Ella miró a Johanna.

—Y nos alegraríamos de que volvieras pronto por aquí alguna vez..., ¿no es cierto?

Johanna asintió con la cabeza; luego se puso colorada.

—Y Hermann se alegrará también —dijo la señora Hering—. Hoy es que ha ido con mi marido de compras.

—Si sus hijos tienen ganas de visitarnos, están invitados —dijo la madre de Anton..., ¡asimismo sin haberle preguntado a él!

—¡Oh, sí! —se alegró Johanna.

—¡Oh, no! —se quejó Anton.

—No deben tomarse muy en serio lo que dice Anton —aclaró su madre—. Es algo tímido. Además, hoy todavía no ha comido nada, y entonces siempre está así de gruñón.

Dicho esto le entregó un pequeño paquete envuelto en papel aceitado.

—¡Toma! Lo acabo de untar. Para el camino.

—Gracias —gruñó él, sacó una rebanada de pan del papel y lo mordió.

Así, por lo menos, no intentaría responder algo y alargar con ello aún más la conversación.

—¿Podemos irnos ya de una vez? —preguntó con poca amabilidad.

—¿Lo ve usted? —se rió la madre—. Así de gruñón está cuando tiene el estómago vacío.

Vampiros y otros amigos

—Me has dejado en ridículo —se quejó Anton cuando estuvieron sentados en el coche.

—¿Tú crees? —dijo su madre solamente. El motor se puso en marcha.

Lentamente atravesaron el patio dejando atrás a la señora Hering y a Johanna, que decían adiós con la mano.

—¿Acaso no es verdad que estabas gruñón? —preguntó el padre.

—¡También tenía motivos para ello! —se defendió Anton—. Invitarles así como así, sin preguntarme... ¡Y luego encima dormirán en mi habitación!

—Mejor que tus amigos vampiros son de todas todas —repuso su madre—. Y yo creo que ya va siendo hora de que te busques nuevos amigos.

—¡Pero yo no! —dijo obstinado Anton.

Interiormente pensaba que ella hasta tenía razón. ¡El pequeño vampiro no se había portado realmente como, un amigo!

¡A Anton le bastaba con acordarse de cómo habían conseguido llevar juntos el ataúd hasta la granja y cómo el vampiro, al final, ni siquiera le había dado las gracias! ¡O de cómo le había salvado casi la vida en casa de aquella gente que estaba esperando a sus niños berlineses veraneantes y el vampiro por ello sólo le había insultado..., en lugar de estar contento y agradecido! ¡O de cómo tergiversaba los hechos el vampiro con lo de Jorg el Colérico para poder echarle la culpa a Anton!

Cierto es que había que concederle que por ser vampiro llevaba una vida más dura y por ello tenía que pensar en su provecho más que un ser humano... ¡Pero ni por ésas! La amistad significaba que uno no sólo pensara en sí mismo, sino también alguna vez en los demás...

¡Como Anna!

Mientras que al pensar en Rüdiger sólo sentía ira y decepción, al pensar en Anna sentía entusiasmo...

Abrió el álbum de poesías y volvió a leerlas todas una tras otra. Cuando llegó a la página en la que ponía «Anton» con la infantil letra de Anna supo de repente qué iba a escribir.

—¿Tenéis un lápiz? —preguntó.

Su padre le dio un bolígrafo y escribió:

*El oso pardo vive en Siberia, en África, allí vive el ñu,
el cerdo negro vive en Sicilia, ¡y en mi corazón sólo vives tú! Como recuerdo de tu
amigo Anton.*

La palabra «Anton» la subrayó dos veces.

Luego se recostó satisfecho y aliviado.

Seguro que el pequeño vampiro leería su poesía..., ¡y se enfadaría muchísimo! Y quizá incluso le volviera algo reflexivo.

La madre de Anton le había estado observando por el espejo retrovisor.

—¡Ese álbum de poesías con sus estúpidas sentencias sólo demuestra que esos no son los amigos adecuados para ti! —opinó ella, y el padre preguntó:

—¿Cuándo estuviste realmente por última vez en el entrenamiento de balonmano?

Anton titubeó.

—Hace medio año.

—¿No quieres volver a ir? ¡Siempre te había gustado!

—Humm.

—¿Y qué pasa con tu amigo Ole? —dijo la madre—. ¿No ibas a ir con él a un curso de cerámica?

—Sí...

—¡¿Lo ves?! ¡Y a tus amigos de las capas de vampiro les devuelves su álbum lo más pronto posible!

Anton se rió irónicamente para sus adentros.

¡Si eso fuera tan fácil...!

Pero la idea del curso de cerámica le gustó de repente. También se podían modelar cosas que no fueran floreros; por ejemplo...: ¡Vampiros!





ANGELA SOMMER-BODENBURG. Nacida el 18 de diciembre de 1948 en una localidad cercana a Hamburgo, es una escritora alemana. Estudió educación, psicología y sociología en la Universidad de Hamburgo. Ejerció de maestra durante doce años, dedicándose finalmente a sus dos pasiones, la pintura y la literatura. Ha escrito más de cuarenta libros entre poesía y novela. Su gran éxito han sido las novelas infantiles del pequeño vampiro, de las que ha vendido más de diez millones de ejemplares. Sus obras han sido adaptadas para el teatro, la radio, el cine y la televisión. La película del pequeño vampiro, dirigida por Ulrich Edel, fue estrenada en 2000.

Notas

[1] Juego de palabras: «berlinés», natural de Berlín, y «berlinesa», bollo relleno de crema. (N. del T.) <<

[2] Leichenfels: juego de palabras con Schlotter-stein. Stein literalmente significa «piedra», y Fels, «roca». Por lo demás, Leiche significa «cadáver». <<

[3] Literalmente, Stóber significa «perro zarcero». <<